



LA PERLA DE ORDUÑA,

ó

RECUERDOS DE LA MILAGROSA IMÁGEN

QUE, BAJO LA ADVOCACION DE

NUESTRA SEÑORA DE ORDUÑA LA ANTIGUA,

SE VENERA EN SU MAGNÍFICO SANTUARIO,

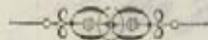
EXTRAMUROS DE LA MISMA CIUDAD,

en el Muy Noble y Muy Mas Leal Señorío
de Vizcaya.

POR

D. RAIMUNDO MIGUEL,

Académico correspondiente de la de Ciencias, Bellas Letras
y Nobles Artes de Córdoba, Individuo de la Real Sociedad Patriótica
de la misma y su Reino, Catedrático de Retórica y Poética en el
Instituto Provincial de segunda enseñanza de Burgos.



BURGOS: 1836.

IMPRESA DE Anselmo Revilla, PALOMA, 8,
esquina á la de Diego-Parcelo.



LA FERIA DE ORDUÑA
 RECIBIDOS DE LA MESA DE INGRESOS
 DEL AYUNTAMIENTO DE ORDUÑA
 NUESTRA SEÑORA DE ORDUÑA LA ANTIGUA
 DE LA CIUDAD DE ORDUÑA

Este libro es propiedad del Santuario de Nuestra Señora de Orduña la Antigua, y nadie podrá reimprimirle sin anuencia del Ilustre Ayuntamiento de la misma Ciudad.

D. RAFAEL MUGUERZA

Impreso en la imprenta de D. Rafael Muguerza, en la calle de San Juan, número 10, de la ciudad de Orduña, a 15 de Mayo de 1878.

BERNOS: 1878

Impreso en la imprenta de D. Rafael Muguerza, en la calle de San Juan, número 10, de la ciudad de Orduña, a 15 de Mayo de 1878.

AL ILUSTRE AYUNTAMIENTO
 de la Muy Noble y Muy Leal
 CIUDAD DE ORDUÑA.

R. M.

D. Petra Lozano



AL ILUSTRE AYUNTAMIENTO
de la Villa de Gernika y Llanuzza

CIUDAD DE GERNIKA
1793

JP R
[Handwritten signature]



La de Licio Pias de la Libertad. Unque n. n.
V^o R^o DE N^a S^a DE ORDUNA
 Patrona de la Ciudad.

INTRODUCCION.

Antiquísima es en España y en todo el orbe cristiano la devoción que siempre han profesado los fieles á la Reina del Empíreo. No se verá un solo pueblo donde no se le rindan obsequiosos cultos; un solo templo que no le haya consagrado alguno de sus altares. Todos la invocan en los grandes peligros, todos acuden á ella en los trances apurados. Dificil es hallar un corazón tan duro, un alma tan indiferente y fria, que no recurra á la Santísima Virgen en busca de consuelo, cuando en medio de sus aflicciones y quebrantos ve cerrado el camino á la esperanza. El desalentado piloto vuelve á ella sus ojos suplicantes, abandonando á las embravecidas olas el roto y combatido esquite; el cristiano guerrero implora su favor en el campo de batalla; el ex-



traviado caminante la llama al borde del precipicio; el moribundo estrecha su sagrada imagen en las convulsiones de la agonía.

Madre de la santa esperanza, Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, Salud de los enfermos... Tales son los tiernos epítetos con que la Iglesia la saluda. Depositaria de los tesoros celestiales que le franqueó la Omnipotencia, reparte con mano pródiga sus gracias, llevando la alegría y regocijo al seno del infortunio.

María! ¿á dónde no ha penetrado este nombre dulcísimo, lleno de encanto y suavidad? ¿En dónde no resuenan con eco melodioso las alabanzas de la Virgen sin mancha? ¿En qué país del mundo cristiano no es engrandecida y ensalzada la casta doncella de Nazaret, comparada á la azucena cuya blancura se hace admirar en medio de las espinas, según la expresión de los Cantares? ¿En qué rincón del orbe católico deja de haber una elicie, un lienzo, una estampa, que recuerde á los creyentes aquella predilecta criatura, delicia del Eterno Padre, gloria de la celestial Jerusalén, regocijo de las almas justas? ¿Aquella criatura escogida entre todas las criaturas, bella entre todas las bellezas, bendita entre todas las mujeres, dotada de todas las gracias, enriquecida con todos los dones, superior en pureza, perfección y santidad, no sólo á todo lo criado,

UNIVERSIDAD DE DEUSTO
Biblioteca de la Ciudad

sino á cuanto la mas elevada inteligencia puede comprender, y la imaginación mas fecunda concebir?

Ella es aquella rosa mística, cuyos deliciosos perfumes santifican cuanto tocan; aquel lirio del valle, cuyo suave y delicado aroma lleva el bálsamo del consuelo á los pechos lacerados. Ella es la radiante estrella de la mañana, precursora del Sol de gracia, que alumbra las tinieblas del espíritu, y desvanece las tempestades del corazón atribulado. Ella es la Reina de los ángeles, el arca de la alianza, la puerta del Cielo, el auxilio de los cristianos, la mediadora de la salvación, la restauradora de los siglos, la casa de oro, donde se hospedó el que no cabe en los ámbitos del mundo; el que ha cerrado el mar como con un dique; el que ata las aguas en las nubes, desata la banda de los reyes, y ciñe con una cuerda sus riñones; el que lanza el rayo y el trueno, ceñido con fajas de lino. Ella es, en fin, la Madre de Dios, con lo cual se dice, en expresión de S. Anselmo, lo mas que después de Dios puede decirse ni pensarse.

No es extraño pues que desde la infancia de la Iglesia se haya tributado á la Santísima Virgen un respetuoso culto de honor, amor y obsequio; no es extraño que se le haya rendido un homenaje mas frecuente, mas popular y magnifico que á todos los demás Santos. á

quienes incomparablemente excede en poder y santidad. A donde quiera que se vuelve la vista, descúbranse brillantes monumentos del amor y ternura de los fieles á esta celestial Señora. Mil suntuosas basílicas elevan por doquier en honra suya la frente majestuosa, prodigiosas creaciones del genio, portento de los siglos, gloria de las artes, asombro del mundo, testimonio irrefragable y elocuente de la piedad primitiva. Cien y cien ostentosos templos, cien y cien magníficos santuarios se consagran á su memoria, recordando con sus nombres, decoraciones, estatuas y pinturas, ya la feliz Natividad de Maria, ya su Concepcion Inmaculada, ora sus castísimos Desposorios, ora su Asuncion gloriosa á las regiones del Empireo. No hay accion alguna de su vida, no hay aspecto alguno bajo el cual considerarse pueda, que no sea dulce objeto del cristiano culto. Aquí aparece radiante de hermosura, ceñidas sus sienas candorosas con la inmarcesible corona de las Virgenes; allí es la desolada Madre, atravesado el corazon dulcísimo con la espada del dolor; ora la sumisa y obediente Hija, eclipsando con el brillo de sus virtudes las virtudes todas de la escuela santa donde se educa; ora la Esposa resignada que comparte humilde con su casto Esposo las penalidades de un viaje, la inclemencia y rigores de la estacion, las persecuciones de un tirano.

¿Qué mas? Como si todos los misterios que la Iglesia ha consagrado á la memoria de Maria, como si todos sus pasos y sus acciones todas en el mundo no ofrecieran bastante desahogo al cariño y la ternura, todavia la piedad cristiana ha multiplicado por do quiera su recuerdo, ha llevado su imágen á todas partes, á la encrucijada del desierto páramo, á la solitaria playa de los mares, á las márgenes del lago, á la orilla de la fuente, á la espesura de los montes, al risueño y pintoresco valle; inventando las mas ingeniosas alegorias, los nombres mas dulces, mas tiernos, mas poéticos, para publicar su bondad y su clemencia, para implorar su proteccion y auxilio, en toda clase de males, en todo género de apuros, en toda suerte de aflicciones. Si, porque Maria, como ha dicho un filósofo cristiano, es la divinidad de la inocencia, de la flaqueza y de la desgracia. Aquí se la retrata bajo el tierno y elocuente simbolo de una *Divina Pastora* de mirar suave y cariñoso, que abriga con su manto á la pobre ovejilla descarriada; allí *Nuestra Señora de los Mares* que tiene su altarcito entre las rocas, acepta la ofrenda humilde de los pobres pescadores que cuelgan de su templo el húmedo vestido al lado de los restos de la destrozada lancha; acá la *Santa Virgen de los Bosques* sonríe con dulzura al fatigado leñador que deposita ante sus aras un nido de tórtolas;

allá *Nuestra Señora del Otero* acoge propicia las plegarias de los zagales y campesinos, félices en su retiro, sabios en su ignorancia, ricos en su pobreza; mas lejos la celebrada *Virgen de la Vega* derrama sus bendiciones por la amena y feraz campiña colmando los deseos del afanado colono; y en todas partes el gozo y los dolores, el contento y la tristeza, la prosperidad y la abundancia, invocan á todas horas con rica variedad de afectos á la Santa *Virgen de la Alegría, de las Angustias, del Socorro, del Consuelo, de la Paz y de los Campos*. Séanos permitido exclamar aquí con el tierno y profundo Chateaubriand: «La filosofía puede muy bien llenar sus páginas de palabras magníficas, pero dudamos que los desgraciados vayan jamás á colgar los vestidos de su templo.» (1)

Pero si en todas partes ha sido y es objeto de entrañable amor la Reina de los Angeles, dudamos mucho que pueda señalarse un pueblo, donde la ternura y devoción hacia María rayen mas alto que en la noble ciudad de Orduña en el Señorío de Vizcaya. No es posible formarse una idea de la vivísima fe, de la ardentísima confianza que aquellos sencillos habitantes han depositado en su Patrona *Nuestra Señora de la Antigua*, cuya milagrosa imagen

(1) Chateaubriand: *Genio del Cristianismo*.

veneran en el Santuario de este nombre. Es preciso para ello haberlos visto una vez y otra postrados largas horas en su templo, haber escuchado sus plegarias, haber oído sus suspiros, haber estudiado su religioso fervor, su incomparable recogimiento, sus miradas y su llanto. Es preciso haber visto á aquellos pobres labradores, rendidos de cansancio y de fatiga, volver al crepúsculo de la tarde con los instrumentos del cultivo; y en vez de buscar en sus hogares el reposo necesario para reparar sus fuerzas, dirigirse silenciosos y resignados á la casa de la oración, donde en honra y obsequio de María celebraban repetidos Novenarios. Es preciso haberlos seguido en sus piadosas excursiones, haberlos sorprendido en las altas horas de la noche dirigiéndose á bandadas, sin distinción de sexos, edades ni condiciones, al Santuario de la Virgen, hasta el punto de ser ya teatro insuficiente para tanta concurrencia la sagrada basilica. Es preciso haber sido testigo de una escena tan sentimental y tierna como la que nosotros presenciámos en aquel umbral bendito, á la luz de las estrellas y en medio de la calma y del silencio, cuando diezaba nuestras poblaciones el terrible azote, que tan tristes recuerdos nos dejara. Es preciso haber oído allí los ayes que brotaban del corazón, y el consolador acento de las madres que decían á sus hijas: «Tengamos fe: aquí está

la Santísima Virgen: ella es nuestro apoyo, nuestro amparo, nuestra protección, nuestra esperanza. (1) Es preciso, en fin, haber seguido á todo aquel pueblo en sus fervorosas rogativas, haber observado sus semblantes, haber inquirido sus afectos, haber notado las lágrimas de gozo que rodaban por sus mejillas. Solo quien lo haya visto, solo quien esto haya examinado, podrá formarse una ajustada idea de la singular ternura, del acendrado cariño, de la incomparable devoción que profesan los Orduñeses y los moradores todos de aquella comarca pintoresca; á su celestial Patrona *la Santísima Virgen de la Antigua*.

Incendiada hasta tres veces la ciudad de Orduña, perecieron desgraciadamente en la última catástrofe, ocurrida á fines del siglo XVII, todos los documentos relativos á la milagrosa Imágen, que se custodiaban en el archivo. Pérdida irreparable, y muy digna de sentirse, pues nos priva de una multitud de datos curiosos, y de la gran copia de noticias que hasta entonces se conservaban pertenecientes al primer culto que allí se tributó á la Santísima Virgen, y al inmenso catálogo de maravillas y

(1) Para evitar los funestos resultados que en tan críticos momentos pudieran producir la tanensa afluencia de gentes al Santuario luego que llegaba la noche, las autoridades civil y eclesiástica, de común acuerdo, tuvieron que retirar la Imágen de aquel templo y trasladarla á la espaciosa Parroquia de Santa María.

portentos que por su intercesión poderosa obró el Omnipotente en aquel afortunado suelo. Sábese, sin embargo, por una tradición constante y uniforme, que la Imágen milagrosa fué descubierta por un sencillo pastor de aquella comarca entre las ramas de un moral frondoso. Dan testimonio, aun hoy, de tan notable suceso no solo el trono mismo de la Excelsa Señora, colocado sobre el místico ramaje, sino también el corpulento moral, que reproducido de un vástago del árbol primitivo, crece lozano y vigoroso delante del Santuario, resguardado el tronco de un pedestal de sillares, sobre cuyo terraplen ha tenido la piedad cristiana la delicada ocurrencia de plantar rosales, azucenas, lirios, clavellinas, y otras mil vistosas flores, que con sus matices y perfumes parecen querer simbolizar la belleza y la dulzura, la suavidad y los encantos de la Princesa de los Cielos. Aunque en la actualidad no pudiera asegurarse con datos suficientes, si fué realmente milagrosa la aparición de la sagrada elijie de María, ó si depositada en aquel aéreo trono por sustraerla á la profanación de los impíos, guió la Providencia los pasos del zagal que allí la descubriera; es lo cierto, no obstante, que una tradición no interrumpida sostiene lo primero, y que la posibilidad de que hubiese sucedido lo segundo, no amenguaria en lo mas mínimo el amor que profesan los Orduñeses á la que miran,

14
y no sin razon, como el nùmen tutelar de todo el valle.

El día 8 de Mayo celebra la Ciudad la fiesta de su gran Patrona. La Misa, en la qual està expuesto el Santisimo Sacramento, es de la Asuncion de Nuestra Señora; el Oficio de la misma fiesta con su Octava. Cuéntase, que consultado un sábio y virtuoso Sacerdote sobre el misterio bajo el qual seria mas del agrado de la Virgen que se le rindiese culto, depositó en una urna tantas papeletas, cuantos son los diferentes oficios que la Iglesia consagra á su memoria; y que hasta tres veces designó la suerte, el de *la Asuncion gloriosa de Nuestra Señora*. En el primer tercio del siglo XVII hizo la ciudad voto solemne y perpetuo de tomarla y tenerla por Patrona suya, celebrando cada un año en el ya citado día su festividad con toda magnificencia y pompa, en agradecimiento á los distinguidos favores y mercedes que de ella habian recibido, y otros muchos que esperaban recibir en adelante. No podemos resistir al deseo de trasladar aqui ese importante y curioso documento en que tanto resalta la piedad de los Orduñeses, y del qual, á falta de otros datos, pueden fácilmente colegirse los prodigios obrados por Maria. Dize así:

«Es cosa asentada, segun nuestra Santa fe católica, que todos los Santos interceden en

»el Cielo, delante de la presencia de Dios, por
»los fieles que se quieren valer de su interce-
»sion. Y como los méritos de la Virgen Nues-
»tra Señora exceden y sobrepujan á los de to-
»dos los Santos, su intercesion es de la que se
»espera mejor despacho. *Y teniendo esta Ciu-
»dad una Imágen suya, tan devota y tan anti-
»gua, que ha tenido y tiene nombre de Nues-
»tra Señora de Orduña la Vieja; y resplan-
»deciendo su Divina Majestad en ella con obras
»milagrosas, como se han alcanzado en tiem-
»pos pasados, y las experimentamos en los
»presentes, gozando de tan florido tiempo, en
»el qual ha permitido Dios Nuestro Señor que
»se hayan aclarado milagros patentes de esta
»portentosa imágen, y algunos de ellos con-
»firmados y averiguados con rigurosas y bas-
»tantes informaciones importantes y conve-
»nientes, acasos y subcesos semejantes, por
»su Ilma. del Sr. D. Gonzalo Chacon y Velas-
»co, que al presente gobierna la silla del
»Apostolado en este Obispado de Calahorra y la
»Calzada; y considerando los beneficios que
»esta Ciudad ha recibido, y aumentándose la
»devocion de los fieles, de aquí adelante es
»cierto que ha de obrar, segun su misericor-
»dia, su Divina Majestad por intercesion de la
»Virgen Nuestra Señora, cuya Imágen tene-
»mos toda la Ciudad presente, copiosa y col-
»mada abundancia de milagros para honra y*

» gloria de su Divina Majestad, y aprovecha-
» miento de nuestras almas; y en reconoci-
» miento de las mercedes y milagros ya califi-
» cados, y de los que toda la ciudad y comarca
» espera recibir; esta Ciudad, *aunque has a*
» *aquí la ha tenido en grande estima y como*
» *imagen de toda devocion, desde hoy en ade-*
» *lante la quiere tener y toma por Patrona*
» *suya, y desde este punto la da y ofrece el tí-*
» *tulo de titular y de Patrona;* para que cui-
» de de los fieles de ella *como de vasallos su-*
» *yos,* cuyo titulo desde hoy en adelante reco-
» nocemos. Y para su ejecución, Señores, D.
» Juan de Mardones Sojo, Alcalde y Juez ordi-
» nario en la Ciudad de Orduña, su tierra y
» jurisdiccion por el Rey nuestro Señor; Licen-
» ciado D. Francisco de Llano Velasco, Procu-
» rador general de la dicha Ciudad; Pedro de
» Aldayturriaga, y Mateo de Oquendo, sus Re-
» gidores..... V. S. S. ofrecen y hacen vo-
» to en nombre de esta Ciudad y de todos sus
» vecinos, presentes y futuros, de que de hoy
» en adelante y para siempre jamás tendrán por
» Patrona y Titular á Nuestra Señora de Or-
» duña la Vieja, y en memoria de este voto to-
» dos los años, tal dia como el de hoy, que se
» contarán ocho de Mayo, hará procesion ge-
» neral con todas las insignias y cera de co-
» mradias, como es costumbre en los tales ac-
» tos generales, á esta Sancta Casa, en donde

» se dirá la Misa Conventual en hacimiento de
» gracias de tantos beneficios recibidos, y pró-
» peros subcesos que espera recibir en sus con-
» flictos? Y respondieron que sí.—Asi bien, ¿si
» ofrecen de pedir aprobacion de él á su Illma.
» de el dicho Señor Obispo para su validacion,
» y que el dia de la celebracion de esta fiesta
» sea festivo? Y respondieron que sí, y lo pi-
» dieron por testimonio en la dicha Ermita de
» Nuestra Señora de Orduña la Vieja, á ocho
» dias del mes de Mayo de mil seiscientos trein-
» ta y nueve años, y lo firmaron de sus nóm-
» bres; y á ello fueron testigos los capitanes
» D. Juan de Angulo, y D. Martín de Garaondo, y
» otros muchos vecinos y moradores de la dicha
» Ciudad.—D. Juan de Mardones Sojo.—El Lic.
» D. Francisco de Llano Velasco.—Pedro de Al-
» dayturriaga.—Mateo de Oquendo.—Ante mi,
» Lorenzo de Zornoza. E yo el dicho Lorenzo de
» Zornoza, Escribano del Rey Nuestro Señor y
» público del número de la dicha Ciudad, pre-
» sente fui á lo susodicho, y lo signé. En tes-
» timonio de verdad, Lorenzo de Zornoza» (1).

A este curioso documento, copiado á la le-
tra del original que obra en el archivo, sigue
la confirmacion que del referido voto hizo el
Illmo. Señor D. Gonzalo Chacon y Velasco,
Obispo que fué de Calahorra y la Calzada: su

(1) Archivo del Ayuntamiento de la Ciudad de Orduña: Cajon A.
Legajo 5.º, Cuaderno 6.º

data en la ciudad de Logroño á 18 de Marzo de 1642, firmada de dicho Ilmo. Señor, y referendada por D. Juan de Campo y Gallardo su Secretario.

A mediados del Siglo XIV se fundó una piadosa Hermandad con el título de *Ilustre Cofradía de Nuestra Señora de Orduña la Antigua*. Sus Ordenanzas datan del 20 de Mayo, Era de mil cuatrocientos y dos años (año de 1364) (1). Infierese desde luego que, si ya entonces se conocia la Sagrada Imagen con el título de Nuestra Señora de la *Antigua Orduña*, su culto debe referirse á los mas remotos tiempos. Y si reflexionamos que, á pesar de ha-

(1) Son sumamente curiosas las Constituciones de esta Cofradía, no solo por su sencillez y piedad, sino por lo bien que en ellas se reflejan los costumbres antiguas. Empezan así: *In Dei nomine Amen. — Esta es la regla de la Cofradía de Santa María de Orduña la Vieja*. Después de una breve introducción escrita en un lenguaje puro, correcto y castizo, lleno de fección y suavidad, continúa: *Primeramente, Hacemos juramento, etc.* siguen después treinta sencillas Ordenanzas, todas bajo juramento, relativas al buen orden y obligaciones de la Hermandad. Por la 25 se previene que el hijo mayor de un cofrade pueda ser recibido sin suario, supuestas ciertas condiciones; por la 27, que los otros de un cofrade puedan ser admitido por la mitad. — En 1539 se adicionaron los Señores Confrades, ó la mayor parte de ellos, estando juntos en Señor S. Juan del Monte en este año de mil y quinientos y treinta y nueve años, que ningún mayordomo, que es ó fuere, no sea usado de acoger por cofrade, de este año adelante, á ninguno que no le perteneciera entrar por hijo ó yerno, *so pena de diez maravedíes á cada mayordomo de los que lo recibieren*. Y más, que el tal que fuere recibido, de hoy mas, que no lo sea. Esta Cofradía no existe en la actualidad. El Papa Inocencio X por su Breve dado en Roma en 9 de Setiembre de 1633 concedió muchas indulgencias plenas y parciales, perpétuamente, á todos los fieles que se inscribiesen en ella.

ber completamente desaparecido la población primitiva, no solo no se extinguió el amor y devoción de los fieles á la Santísima Virgen, sino que, por el contrario, fué aumentándose cada vez mas hasta el punto de comprometerse la Ciudad, mediante un solemne voto, á guardar su fiesta con grande esplendor y pompa, podremos deducir sin grande esfuerzo, que aquellos afortunados moradores debieron experimentar sin duda, como públicamente lo confesaran en aquella célebre acta, los repetidos efectos del poderoso patrocinio de Maria.

El valle de Arrastaria tiene igualmente elegida á la Santísima Virgen de la Antigua por su Patrona y Abogada, desde tiempo inmemorial; y dedicado asimismo un voto solemne para *rendirla cultos y presentarse á sus plantas* (son palabras textuales del acta original) el día 9 de Mayo de cada un año, con fiesta de ambos preceptos, y oferta de romería y peregrinacion, con procesiones públicas de todos los lugares de su comprension, para pedir á Maria el remedio en sus necesidades.

Es tambien un elocuentísimo testimonio del acendrado amor que los Orduñeses han profesado siempre á su Excelsa Patrona el atrevido proyecto que concibieron y realizaron á mediados del Siglo XVIII de erigir el magnífico Santuario dedicado á la Santísima Virgen; el cual por su elegancia, suntuosidad y buen

gusto es la admiración de cuantos le visitan. Y decimos *átrevido*, porque no contaban absolutamente con recursos de ningún género para llevar á cabo su piadosa empresa, á la cual, no obstante, se dió gloriosa cima con solas las limosnas y donativos que espontáneamente presentaron los fieles. A su generosa liberalidad se deben también los vasos sagrados, las preciosas alhajas, los magníficos ornamentos y decoraciones todas de aquel hermoso templo; siendo de notar que concurrieron á erigirle con sus trabajos personales cuantos podían ofrecer gratuitamente sus servicios en las diferentes artes, industrias ó profesiones que ejercían. No puede fijarse con toda exactitud el coste total de la obra, ni tampoco determinarse el año en que se asentó la primera piedra de aquel insigne monumento de la piedad cristiana. Consta, sin embargo, que en 30 de Setiembre de 1733 formó el maestro D. Antonio de Vega un presupuesto por valor de Ron. 149,180 *para la conclusión de la Iglesia Nueva*, al que se añadieron después otras partidas, sumando en junto 160,660 rs. Mas tarde el arquitecto principal director de las obras, D. Juan Bautista de Ibarra, calculó veinte mil ducados, ó sean 220,000 rs. para poderlas terminar del todo. Este maestro quiso hacer dos espadañas laterales, por pedirlo así la planta del edificio; pero acaso la esca-

sez de fondos le determinó á levantar la única que hoy tiene; falta que desgraciadamente se echa de ver con solo mirar á la fachada (1).

Nótase en esta un no sé qué de grave y de severo, que contrasta admirablemente con la risueña perspectiva que presenta el valle visto desde aquella colina pintoresca. Compónese de tres cuerpos: en el primero se levantan, poco esbeltos á la verdad, tres arcos bajos de medio punto con pilastras entregadas, que no pueden referirse con propiedad á ningún orden de arquitectura, sobre pedestales de molduras en que se nota bastante pesadez. Estos arcos forman el majestuoso pórtico de planta rectangular que da paso á la Iglesia. Sobre el del centro hay una graciosa ventana circular que da luz al coro, encima de la cual campa un bonito escudo de piedra, perfectamente delado, con las armas de la Ciudad (2). Sobre las pilastras de este primer cuerpo carga una cornisa mutilada; terminando la fachada con una

(1) Todos estos pormenores se han tomado de varios documentos que obran en el archivo, al cual se dignó franquearme con suma amabilidad el H. Ayuntamiento de Orduña. Séame permitido consignar aquí, en justo agradecimiento á su obsequiosa deferencia, los nombres de los individuos que actualmente componen aquella Corporación. Sr. D. Cristóbal de Urcey, Teniente Coronel, primer Comandante de Infantería, retirado, Alcalde Presidente.—Sr. D. Benito de Echeguren, Síndico Procurador general.—Sr. D. Gato de Gorostiza, Licenciado en Farmacia, Regidor 1.^o—Sr. D. José Elizalde, id. 2.^o—Sr. D. Vicente de Arza, id. 3.^o—Sr. D. Gregorio de Eguituz, id. 4.^o—Sr. D. Emeterio de Zugaraga, Secretario.

(2) Estas armas son un castillo con un león y una cruz, y el siguiente lema: *si oportuerit mors tecum, non te negabo.*

española de dos cuerpos, de construcción mas moderna, y correspondientes al orden dórico, en el primero de los cuales hay dos vanos de arcos esféricos, y en el segundo uno coronado de un frontispicio circular (1).

El templo tiene 105 pies de longitud desde la puerta principal hasta el Presbiterio; por 70 de latitud en el crucero y 36 en la nave. Su planta forma una cruz latina, y está graciosamente decorado con pilastras vaciadas y cornisa mutilada. Corona el crucero una cúpula esférica, cerrada sobre los cuatro arcos torales, adornando las bóvedas del cañon, crucero y capilla mayor con molduras en recuadros y formas circulares. El retablo mayor es de lo mas suntuoso que en su género puede apetecerse, y del gusto mas exquisito. Pertenecce al orden corintio, y todo él, inclusa la mesa del altar, se compone de hermosos y variados jaspes, extraidos de las famosas canteras de Loyola, Vitorica y Poza. Su diseño fué aprobado por la Real Academia de S. Fernando (2). Formale un airoso y elegante intercolumnio que descansa sobre un magnifico pedestal, y abraza las dos hermosísimas colum-

(1) La española mide 70 pies de altura desde el suelo hasta el arranque de la teleta; el frontispicio tiene 15 pies de latitud.

(2) En 15 de Noviembre de 1789 fué de Real orden el Conde de Floridablanca que se remitiesen para su aprobacion ó correccion á la Academia de S. Fernando los planos del retablo, con testimonio de la contrata, y noticia de los tablas recabadas á este fin; mandando suspender las obras en tanto.

nas de 20 pies de longitud, construidas de una sola pieza. En el intercolumnio hay un esbelto arco que forma el trono de la Imagen, abierto comunicado con el camarín, exornado de una jamba no interrumpida, sin imposta, y de preciosa talla dorada, perteneciente á la mejor época (1). Campa á la parte exterior una lindísima gola, picada, rebajada y movida con suma gracia y delicadeza; y en el interior un precioso junquillo perfectamente baqueteado. En la faja, espacio entre estas dos molduras, llama particularmente la atención un inimitable arabesco, de lo mas gracioso y mejor acabado que pudiera desearse en su clase. Los capiteles son del mismo gusto, tallados con tal perfeccion y detenimiento, que se goza sin esfuerzo alguno de toda la blandura y suavidad de su picado, no obstante la notable elevacion á que se encuentran. Es de sentir que le falten á la cornisa los modillones del orden correspondiente, que serian de muy buen efecto, y harian resaltar doblemente los jaspes bajo el relieve de la corona. Compónese el remate de un circulo vaciado, sobre el cual resalta un elegante medallón de medio relieve, sostenido por dos graciosos querubines, representando la aparicion del Arcangel S. Miguel; esto es, un gallardo joven armado

(1) Toda esta linda obra se ejecutó en Madrid, aunque se ignora el nombre del artista.

de celada, en actitud triunfante, y un Obispo prosternado ante el celestial guerrero, con los brazos abiertos, absorto de admiracion. En lontananza se descubre un grupo de árboles, y de la otra parte una florida montaña (1). La imagen de la Virgen, á quien está dedicado aquel altar magnifico, se halla colocada sobre una bonita peana formada del ramaje de un moral frondoso, que recuerda por tradicion inmemorial su aparicion milagrosa en el cerro mismo donde se erigió el Santuario.

En el crucero hay dos retablos mas sencillos, pertenecientes al orden compuesto, si bien llegan á entrecerse en ambos ciertos rasgos de semejanza con el principal. En el de la derecha llama la atención un precioso crucifijo de marfil: en el de la izquierda hay un mediano cuadro que representa el martirio de S. Blas con tres inocentes niños.

Cubre el camarín una media naranja; y á sus lados hay dos bastante capaces sacristias que se comunican por él, cubiertas de bóve-

(1) No se tiene noticia de que en el Santuario primitivo hubiese estatua ni pintura dedicada al Arcángel S. Miguel, ni de que se le tributase culto especial en determinado dia, como Patrono ó Titular del pueblo. Se hace por lo tanto muy verosímil que el autor del retablo, teniendo presente sin duda la feliz coincidencia de la Aparicion del Arcángel, Principe de la milicia celestial, el 8 de Mayo, dia en que celebra la Ciudad de Orduña la Aparicion de la Reina de los Angeles en aquella colina, según la tradicion constante y uniforme de toda la comarca, quiso coronar su obra con la representacion del misterio que precisamente en aquel dia mismo, celebra nuestra Madre la Iglesia.

das de albañileria por el mismo estilo que los cañones de la Iglesia.

El presbiterio, cuyo pavimento es de escogida piedra de Génova, tiene 16 piés de longitud por 36 de latitud, y está cerrado con elegantes verjas de hierro entre pilastras de hermosísimo jaspe, rematadas con preciosos jarrones de plata para el alumbrado. Sobre las puertas laterales que dan paso á las sacristias hay dos pequeños cuadros de muy notable mérito, los cuales son obra, al parecer, del español Maella: el uno representa á María Santísima con el niño Jesus, y el otro al Patriarca S. José. El resto del templo se halla igualmente decorado con estatuas y pinturas de diferentes épocas y gustos.

Por una de las Ordenanzas de la Ciudad, Patrona del Santuario, hay en él un Capellan con residencia fija; el cual en todo tiempo debe hallarse habilitado y con las licencias necesarias para confesar personas de ambos sexos: circunstancia de incalculable utilidad para los numerosos peregrinos que visitan esta Santa Casa, donde en cualquiera dia, y á cualquiera hora, encuentran siempre un confesor extraordinario con quien desahogar su corazon, recobrando la tranquilidad perdida. Es incumbencia de aquel recibir las limosnas y donativos que espontáneamente ofrecen los devotos para la conservacion de la fábrica y soste-

nimiento del culto. Le está igualmente encomendada por el Sr. Obispo la colecturía de las Misas que en este templo se celebran, debiendo quedar anotadas con especificación puntual del nombre y apellido de los fieles que las encargan, y del estipendio respectivo de cada una (1).

He hablado arriba de la grandísima devoción que Orduña y la comarca toda profesan á este célebre Santuario, y de su entrañable amor á la Santísima Virgen que en el mismo se venera. Pero no terminaré mi reseña sin dejar consignado, que esta piedad y devoción no se limitan á los naturales del país, sino que se extienden á larguísimas distancias. Cuantos se hayan detenido en Orduña un corto tiempo habrán tenido ocasiones de observar las frecuentes romerías y piadosas peregrinaciones que de diferentes puntos, y por toda clase de personas, se hacen á este venerable asilo de las almas atribuladas y afligidas. No es raro encontrar en él personajes de las primeras categorías, sujetos de distincion y rango, hombres eminentes por su ilustracion y saber, abstraídos del mundano bullicio, y abismados en la contemplacion de las verdades eternas. ¡A cuántos hemos visto

(1) Sirve en la actualidad este destino el Presbítero, Licenciado D. Manuel María de Gutierrez, á cuya reconocida ilustracion y celo debe mucho el buen orden que reina en todo lo concerniente al decoro y dignidad de aquella Santa Casa.

llegar de rodillas desde el vestibulo al presbiterio, penetrados del respeto mas profundo y de la fé mas viva y ardiente! á cuántos acercarse á los santos umbrales del templo con los piés desnudos! á cuántos otros, de diferentes clases, sexos y condiciones, se ve diariamente caminar toda una jornada en esta actitud humilde, y consagrarse á otros ejercicios de mortificación y penitencia para hacerse mas dignos del patrocinio de María! ¡Felices, concluiré con el piadoso Chateaubriand, mil veces felices los que creen! No pueden sonreirse, sin contar con una perpétua alegría; ni pueden llorar, sin pensar que van á agotarse sus lágrimas. Nunca se pierden estas: la Religion las deposita en su urna, y las presenta al Eterno Padre (1).

(1) Chateaubriand: *Genio del Cristianismo*.



72
 Hacer de todas las cosas el mundo es preciso
 tanto, por el modo del tiempo, más profundo
 de la vida, y en el mundo, y en el mundo,
 parte a los siglos, y en el mundo, y en el mundo,
 que desahoga a los siglos, y en el mundo,
 clases, seces y condiciones, se ve de
 manera, una vez, una vez, una vez, una vez,
 milde y con el mundo, y en el mundo,
 linde y con el mundo, y en el mundo,
 del mundo, y en el mundo, y en el mundo,
 el mundo, y en el mundo, y en el mundo,
 que el mundo, y en el mundo, y en el mundo,
 con una vez, una vez, una vez, una vez,
 pasar que una vez, una vez, una vez, una vez,
 se pierde, una vez, una vez, una vez, una vez,
 una vez, una vez, una vez, una vez, una vez.



Y en la vida, y en la vida, y en la vida,
 tras de la vida, y en la vida, y en la vida,
 su vida, y en la vida, y en la vida,
 también a los siglos, y en el mundo,
 Allí un mundo, y en el mundo, y en el mundo,
 Colerain, y en el mundo, y en el mundo,

RECUERDOS.

I.

Orduña.

Si traspasamos la raya
 Que, de Castilla la Vieja
 Ya en el confin, empareja
 Con el umbral de Vizcaya,
 Cierra el paso, por delante
 De Santiago el monte umbroso,
 Tan quebrado, tan fragoso,
 Que suspende al caminante.
 Y á Berberana dejando
 (Ya en su raíz) á la espalda
 Por la agreste y ruda falda
 Se le va luego escalando.
 Por grados desaparece
 La frescura y lozanía
 Del fértil Valdegovia,
 Que aquel contorno embellece

Y en la pendiente tortuosa,
Tras de la inculca maleza,
Su rico verdor empieza
Tambien á ocultarnos Losa.

Alli no habita el parlero,
Colorin madrugador,
Ni del fierno ruiñeñor
Se oye el canto lastimero.

Solo se escuchan los roncos
Gritos del grajo en las quiebras,
Y el silbar de las culebras
Entre los ásperos troncos.

Solo el carnívoro buitro
Mora alli de sangre ansioso,
Rondando el peñon mohoso,
Que le da lecho y salitre.

Y en tristísimo aislamiento
Llega á verse quien arriba
Junto á la selva, que esquivaba
Las luces del firmamento.

Pues tal vez las pardas nieblas
Que en el contorno se cuajan
De pronto el paso le atajan,
Quedando el cielo en tinieblas.

El viajero sorprendido,
Cuando á la cumbre adelanta,
Casi huella con su planta
De las águilas el nido.

Pero tras esa cadena
De breñas y pañascas,

Cuyos picos desiguales
Ningun geólogo ordena

Se despliega de improviso,
Doblando el cerro salvaje,
Rico y ameno un paisaje
Retrato del paraíso.

Dilátase el horizonte,
Y una brisa regalada
Sube del llano, cargada
De aromas que lleva al monte.

De altivas cumbres murado
Campa el valle delicioso
Cual un jardín misterioso
De los hombres ignorado.

Con el eden primitivo
Confundirsele podria
Cuando señales no habria
Del trabajo y del cultivo.

Todo el ámbito guarnece
Ruda, imponente, severa
Una inmensa cordillera
Que al cielo escalar parece.

Cuando la diaria neblina,
De risco en risco saltando,
Va sus crestas festonando
De una gasa blanquecina.

Diriase que á velar
Por la suerte de Vizcaya
Sube á la erguida atalaya
Fausto niñen tutelar.

Porque el fecundo vapor,
Del radiante sol herido,
Desciende al campo alligido,
Cual rocío bienhechor.

Y la tierna vid prospera,
La dorada espiga crece,
Y el frutal se robustece
Bajo la herbosa ladera.

En esta esplanada umbriada
Descuella en la actualidad
Una pequeña ciudad,
Grande y potente algún día.

Orduña por nombre lleva:
Nombre de sabia elección,
Que su hermosa situación
En dialecto vasco prueba.

Y aunque rastro apenas ya
Quede alguno de su gloria,
Su pasado, su memoria,
Perenne allí vivirá.

Porque en sus verdes colinas,
Y entre las hileras dobles
De sus seculares robles
Y gigantescas encinas,

Como nobles, como buenos
Sus bravos hijos lidiaron
Y con sus cuerpos cerraron
El paso a los Agarenos.

Que fué peculiar fortuna
De tan inclitos varones.

El humillar los pendones
De la altiva media-luna.

Cada tronco, cada risco
De aquel peñon invencible,
Guarda un recuerdo terrible
Para el fiero Berberisco.

Tal vez se encuentra musgosa
Por el confin una piedra
Bajo la red que la hiedra
Suele tejer caprichosa;

Y en misterioso lenguaje
Declara el combate rudo
De que fué testigo mudo
Todo aquel bello paisaje.

Tal vez el tiempo borró
Con su destructora mano
La solución de un arcano
Que acaso se la fió;

Tal vez antigua escritura
Cifras grabó de conquista
Donde hoy registrar la vista
Solo puede una hendidura;

Que también hay una tumba
Para la gloria del mundo,
Y del tiempo en el profundo
Piélago al fin se derrumba.

Casas ilustres se ven,
De su esplendor resto leve,
Terror del bárbaro áleve,
Y de su patria sosten.

Mas ay! que sus moradores,
Breves dueños, ya pasaron,
Y á la grupa se llevaron
Timbres, hazañas y honores,
Sombras de Alfonso y Violante,
Cuando á Orduña enaltecisteis,
¿Prever acaso pudisteis
Su decadencia humillante?
Cuando al de Ayala cedias,
Claro Enrique, el señorío,
¿Recelabas ya el desvío
Que la affige en nuestros días?
Y tú, prudente Fernando,
Y tú, cristiana Isabel,
¿Veiais el sino cruel
Que sobre ella esta pesando?
¿Sospechaste que de aquí
Te arrancara una sentencia
Los tesoros de la ciencia,
Munifico Urdánegui?
De Cantabria para gloria
Cuando erigiste á Minerva
Ese alcázar, que aun conserva
Tu nombre en grata memoria,
¿Cruzó acaso por tu mente
La idea de que su techo
Cobijara un dia el lecho
De la humanidad doliente?
¿Orduña! Orduña! el rigor
Del tiempo hundió los blasones?

De los nobles infanzones
Que te dieran esplendor,
Pero aunque acaso te asombres,
Pobre pueblo infortunado,
Mas que el tiempo, te ha humillado
La injusticia de los hombres.
¿Dó están los Díaz y Pimienta?
Los Velascos ¿qué se hicieron?
¿Dónde las glorias se fueron
De que la historia da cuenta?
¿Quién recuerda al grande Herran,
Mártir del indio salvaje?
De aquel preclaro linaje
Los autores dónde están?
¿Y los Barbeci y Mendiola?
¿Y los Zarate y Bretones,
Calificados varones,
Prez de la mitra española?
¿Quién va menciona al leal
Vidaure, á quien sonreia
La juguetona Talía
Con aplauso general?
¿De qué privilegios goza
Por fruto de su desvelo
En ese olvidado suelo
La memoria del gran Poza?
¿Pasó tambien con fugaz
Rápido vuelo su vida,
Y hasta sus nombres olvida
La ingrata posteridad?

Ciencia, heroísmo, virtud....
Oh! desengaño cruel!
Ni siquiera hay un laurel
Que dé sombra á su ataúd!
Ni una cifra que le indique,
Ni un sencillo *eternum vale*....
Ni una cruz que le señale
Y á la vez le santifique!....
Si de la tumba se alzaran,
Y el nativo suelo vieran,
Ni por suyo le tuvieran,
Ni su cuna en él halláran;
Que un incendio y otro incendio
Calcinó el ilustre muro,
Robando al pueblo futuro
De sus glorias el compendio.
Pero aunque en el polvo hundidos
Yacen palacios suntuosos,
Aun hay recuerdos preciosos
Por acá y allá esparcidos.
Y no es difícil que pueda
Quien quiera estudiarla, ver
Cuánto Orduña debió ser
Por lo poco que la queda.
Mas si no hay tan firme valla
Que detenga al tiempo que huye,
Si con su soplo derruye
La mas altiva muralla;
Si con su mano de hierro
Pulveriza cuanto toca,

Quebranta la dura roca,
Sepulta el gigante cerro;
Si devora cuanto ve,
Si amenaza en fiero alarde
No dejar, temprano ó tarde,
Ni aun rastro de lo que fué;
Si en esto lleva la palma,
Si en esto no halla rivales....
No alcanza triunfos iguales
De los afectos del alma.
Que si una vez se entronizan
En el santuario del pecho,
De su rigor á despecho,
Vivos en él se eternizan.
Por eso su saña impia
No pudo en esta ciudad
Borrar la ardiente piedad
Que tuvo siempre á María.
Esa cruz, y ese león,
Y ese lema de su escudo,
Dicen bien, que el tiempo rudo
No amengua su religion.
La herencia de sus abuelos,
Desde siglos muy remotos,
Guardan los hijos, devotos
De la Reina de los Cielos.
Bien claramente atestigua
Su culto tradicional
Ese nombre proverbial
De la Virgen de la Antigua.

Y si el pueblo primitivo
La consagró un amor tierno,
No es en el pueblo moderno
Ese amor hoy menos vivo,
Pues la llama en su aflicción,
Y la invoca en sus pesares,
Y la venera en sus lares,
Y adora en su corazón.

II.

La Antigua.

En el confin de un paseo
Que se extiende á la salida
Como á mil cincuenta pasos
De la ciudad ya descrita;
Dando vista al occidente,
Sobre una verde colina
Se levanta el majestuoso
Templo que llaman *La Antigua*:
Nombre augusto y venerando
Que la casa de MANÍA
Conserva en grato recuerdo
De la ciudad primitiva.
Cuando los primeros rayos
Del sol naciente iluminan
Los simétricos remates
De su parda torrecilla;
O cuando en noche apacible
Su luz pálida y tranquila

Derrama la blanca luna
Por pilares y cornisas;
Tomando el cielo por fondo
La solitaria basilica,
Párecese á un centinela
Que por la ciudad vigila,
Pintoresco panorama
Goza encantada la vista
Desde el pórtico suntuoso
Que el lindo valle domina,
Montañas que en todo tiempo
Rico follaje tapiza,
Desplegan su verde manto
Desde la falda á la cima,
Praderas, floridos huertos,
Pingües tierras labrantias,
Grupos de árboles frendosos
Por do quiera se divisan.
Aquí las doradas mieses,
Allí las lozanas viñas,
Allá la esbelta barana
Que se mece con la brisa.
Y mezclando sus colores
Y su variedad de tintas,
Lacén mas con el contraste
Las galas de la campiña.
De las quiebras de los montes
Brotan fuentes cristalinas,
Que sostienen de aquel valle
La frescura y lozania.

Por el centro de la vega
Rauda el Nervion se desliza,
Llevando en tortuoso giro
A huertas y campos vida.
Cuando se quiebran los rayos
Del sol en sus aguas limpias,
Cual ceñidor refulgente
Que el céfiro mueve, oscila.
Y en gracioso maridaje
Mutuamente se acárician
Las aromáticas flores
Que festonan sus orillas.
Aquí el sándalo y cántueso,
La silvestre clavellina,
Y el hinojo que la lengua
Cabellera siempre riza.
Allí el arrayán humilde,
Y la verde siempreviva,
Y los pálidos jazmines,
Y la esbelta campanilla;
Y el tomillo, y los laureles,
Y otras cien plantas distintas,
Que confunden sus aromas
En misteriosa armonía.
Descúbreñse en lontananza
Por acá y allá esparcidas
Entre hileras de frutales
Varias aldeas vecinas.
Y cien blancos caseríos
Con su techumbre rojiza

Se destacan escoltados
De nogales ó de encinas.
Aquí un verjel delicioso,
Allí una gruta sombría
Con suave frestura al rudo
Pastor de la sierra brindan;
Que al fonco canto se aduerme
De la tórtola sencilla,
Que entre el espeso ramaje
Del árbol coposo anida.
Diriase euando en torno
Se deja vagar la vista,
Que embellecen los confines
Ceres y Flora á porfia.
Tal es el mágico cuadro
Que el observador registra
Desde el umbral misterioso
De la Casa de MARIA.

III.

Preparativos.

Aniversario sin duda
Fausto y de grande importancia
Recuerda el siete de Mayo
La Capital de Vizcaya.
Reflejase en los semblantes
La expresión extraordinaria
Del gozo interior, que apenas
Reprimir pueden las almas.

Ya del sol al meridiano
La carroza se adelanta,
Desvaneciendo á su influjo
Las nieblas de las montañas.
En los pórticos y hastiales
Y en el atrio de la Aduana
Se ven, contra su costumbre,
Las gentes hoy apiñadas.
Por su impaciente alegría
Sin esfuerzo se presagia
Que algun próspero suceso
Por momentos allí aguardan.
Buscan en tanto sus ojos
Con avidez la espadaña,
Donde la esfera luciente
Del reloj del pueblo campa.
¿Qué habrá? ¿por qué van siguiendo
Con sus inquietas miradas
El curso del lento horario
Que el tiempo huido señala?
Mas ya la rotante aguja
Sube al alto, acompañada
De la saeta envidiosa
Que en tantos viajes la pasa.
Ya en vibración argentina
El metal cóncavo marca
Con su misteriosa lengua
Doce notas compasadas....
Y el pueblo entonces se agolpa
Sin mas treguas á la plaza,

Y el mal reprimido gozo
Con toda su fuerza estalla.
Prorumpen en fervientes gritos
Que el entusiasmo le arranca,
Victoreando á su Patrona,
Gloria de aquella comarca.
Confúndese con sus ecos
El clamor de las campanas,
Que á su modo de MARIA
Publican las alabanzas.
Y mil bulliciosos cohetes
Que el alto cenit escalan,
Con rapido vuelo parten
De balcones y ventanas.
El hábil tamborilero
Deja oír, de casa en casa,
De su delicado silbo
Las modulaciones varias.
Y los marciales sonidos
De una música que abanza
Vienen á dar á la escena
Nueva vida y nueva magia.
Ya se oyen de la corneta
Las querellas moduladas,
Los lamentos del clarín,
Los suspiros de la flauta.
Y al fiel compás de los himnos,
Variaciones y sonatas
Que en obsequio de la Virgen
La lucida orquesta ensaya.

Con infantil regocijo
Por las calles, á bandadas,
Todos los niños del pueblo
Bullen, corren, gritan, saltan.
Y la suspirada tarde
Así enagenados pasan,
Libre de afanes el pecho,
Libre de penas el alma,
Pero ya el astro del día
Se oculta tras las montañas,
Entre celajes de púrpura,
Entre nubes de oro y nácar.
Ya el fatigado colono
Da la vuelta á su cabaña,
Melancólico siguiendo
Del tardo buey las pisadas.
Ya el ángel de la oracion
Agita sus blancas alas,
Llevándose hácia el Empireo
La vespertina plegaria.
Ya busca el ave su nido,
Ya la flor entre la grama
Reclina el flexible tallo,
Que mece el soplo del aura.
Ya de Endimion al Oriente
La esposa sensible y casta
Se asoma, velado el rostro
Con ricos tules de plata.
Ya, en fin, la celeste esfera
Se deja ver recamada

De topacios y rubies
Que el azul pabellon cuajan.
Y la pacífica Orduña
Nuevamente se entusiasma,
Y nuevamente se agita,
Y nuevamente se exalta.
Preludio del movimiento,
Las vocingleras campanas
Van convocando las gentes
A la nocturna velada.
Y corriendo por las calles
Con estruendosa algazara,
Por el mas breve camino
Se dirigen á la plaza.
Tradicionales hogueras
De trecho en trecho preparan,
Siguiendo de sus mayores
La antigua sencilla usanza.
Y á los móviles reflejos
De las ondulantes llamas,
Con libertad inocente
Improvizan una danza.
Con púdico desenfado
Las Orduñesas zagalas
Lucen allí sus hechizos
Y sus naturales gracias.
Trenzado el luengo cabello
Cae gracioso por la espalda,
Cabello que envidiarían
Mil altivas cortesanas.

Y en sus mejillas de rosa,
Y en su frente nacarada,
La salud y la alegría
Juntamente se retratan.
A su turno los mancebos
Dejan ver con gentil gala
Su agilidad y destreza
Ya en compases, ya en mudanzas.
Y en aquel festivo grupo
Ninguno audaz se propasa,
Que está en proverbio el decoro
De la juventud vizcaína.
Cual meteoros lucientes
En la oscuridad resaltan
Lindos vasos de colores
Que improvisan las fachadas.
Y en mil caprichosos juegos,
Y combinaciones varias,
Tiernos lemas a la Virgen,
Radiantes de luz, consagran.
Variados cohetes las nubes
Por segunda vez escalan,
Que en bello desorden parten,
Corren, vuelan, suben, bajan.
Ora distintos senderos
Cortando el espacio marcan,
Ora en su curso se encuentran,
Y se estorban y embarazan,
Y el pueblo absorto examina,
Mirando al cielo con ansia,

Los surcos que deja el fuego
Detrás de la frágil caña.
En su sencillez, ¿cuál goza,
Cuando con la vista abarca
De la artificiosa rueda
Las evoluciones raras!
Pero cuando de la Virgen,
Tras una explosión extraña,
Sobre un foco luminoso
La bella cifra resalta;
Entonces su regocijo
No cabe dentro del alma,
Y en vitores a MARIA
Su gozo interior exhala.
Mézclanse allí con sus ecos
De una acorde serenata
Las dulces modulaciones
Que los oídos regalan.
Y todo es confuso ruido,
Y animación y algazara,
Grita, bullicio, y estruendo,
Que agobia, marea, y cansa.
Mas ved aquí que de pronto
A recogerse los llama
Con su severo lenguaje
Una solemne campana...
Y los balcones se cierran,
Y las hogueras se apagan,
Y las gentes se retiran,
Y todo se queda en calma.



Que no en vano de prudente,
De pacífica y sensata,
Llevó fama en todo tiempo
La Capital de Vizcaya.

IV.

El ocho de Mayo.

Ya de Febo el carro ardiente
Se anuncia por el Oriente,
Y las balsámicas flores
Levantán su mustia frente
Con los tibios resplandores.

Ya suspira en la enramada
El jilguerillo celoso
Junto al lecho de su amada,
Con música no estudiada,
Con acento melodioso.

Ya el pastor de la montaña
Deja la humilde cabaña,
Y emprende el diario camino;
Ya el blanco cisne se baña
En el lago cristalino.

Ya vuelve en fin á la vida
La tierra antes enlutada
Y en tinieblas sumergida,
Como de nuevo formada,
Como del caos salida.

Y la solemne campana
Que anuncia cada mañana

La aurora del nuevo día,
Hoy festeja con su hermana
Y en son acorde á MARIA.

La hidalga ciudad en breve
La ociosa pluma abandona,
Y en torno se agita y mueve,

Que el nuevo día se debe
Todo entero á su Patrona.

El paseo del Poniente
Cuájase al punto de gente,
Que en piadosa caravana
Va á saludar diligente
A su Reina y Soberana.

Tal vez la tierna doncella

(Velada con un sudario
La faz pudorosa y bella)
Con sus piés desnudos huella

La subida del Santuario:

Que no está lejos el día

Cuando exánime oprimia
Del dolor el triste lecho,

Y hoy paga humilde á MARIA
Un santo voto que ha hecho.

Tal vez penetra en la Ermita

La enlutada huerfanita

Que otra Madre hallar espera,

Y en el altar deposita

Pobre don de blanca cera.

Tal vez guirnaldas graciosas

La zagala campesina

Teje de mirto y de rosas,
Cogiendo las mas hermosas
De la floresta vecina;
Y trepando por la senda
Que de su pobre vivienda
Del templo hasta el atrio guia,
Llega, y la rústica ofrenda
Pone á los piés de Maniá,
Cual suele de un colmenar
El ejército afanoso
De las abejas rondar
El confin del olivar
O del prado delicioso;
Y por el campo florido,
Vienen, van, cruzan, se encuentran,
Tornan al lecho querido,
Y con ruidoso zumbido
Unas salen y otras entran,
O cual de castas palomas
Una bandada inocente
Se encariña de las lomas
Con el salitre y aromas
O raudales de la fuente,
Y ningún ruido la espanta,
Ni el cansancio la quebranta,
Ni el enemigo la acosa,
Y de nuevo se levanta,
Y de nuevo allí se posa
Así el umbral generoso
Traspone del templo santo

Con afán tierno y piadoso,
Todo un pueblo que anheloso
Busca allí su dulce encanto,
Y á su Patrona saluda
Cien veces, cien, con fé rara,
Que nunca turbó la duda,
Y su proteccion y ayuda
Pio invoca al pié del ara,
Y entra, y sale, y vuelve á entrar,
Y no se cansa de orar,
Aunque cien veces lo hizo,
Porque le arrastra al altar,
No sé qué infante hechizo,
Mas ya el metal agitado
Anuncia desde la torre
El momento suspirado,
Y por el cerro sagrado
La multitud trepa y corre,
Ya de la hidalga ciudad
Descúbrense á la salida
Una tras otra hermandad,
Que abanzan con majestad
Y pompa desconocida,
Ya de los altos pendones
Con suaves ondulaciones
El aura la seda agita,
Ya sus augustos porfones
Franquea la Santa Ermita,
Ya del Clero precedido,
Con pausado movimiento

Marcha grave y circuido al no
De un aparato lucido
El Ilustre Ayuntamiento.

Ya se acerca al frontispicio,
Do la multitud se agrupa;
Ya traspone el sacro quicio,
Y el lugar mas digno ocupa,
Y empieza el Divino oficio,
Ya luce mistica llama,

Ya ondulando al Cielo sube
El incienso que se inflama
Y el santo templo embalsama
Una aromática nube.

Brilla el altar mas que el oro
Al fulgor de cien blandones,
Y del organo sonoro
Brotan dulces vibraciones
Que se despeñan del corol
En la magnífica fiesta.

Toma gran parte una orquesta
Sábiamente dirigida,
De grátas voces compuesta,
De blandos ecos henchida,
Y el corazon se enternece,

Y el sentido se adormece,
Y el alma allí se extasia
Ante un conjunto que ofrece
Tal raudal de poesia.

La grey sencilla atesora
Piadoso recogimiento;

Medita en silencio y ora,
Y el favor divino implora
En el Sacrificio inerte.

¡Vedla en la augusta Capilla,
Cómo enclavada en el suelo,
La dócil cerviz humilla
Ante el Rey del alto Cielo
Y la Virgen sin mancilla!

No hay un solo indiferente
En aquel pueblo creyente,
Digno de días mejores,
Que lleva escrita en la frente

La piedad de sus mayores
¡Cuánto su afecto se inflama,
Cuál de su amor atestigua
La nunca extinguida llama,
Cuando el Orador proclama
Los prodigios de la Antigua!

¡Con qué inefable emocion,
Con qué tierna simpatía,
Con qué especial devoción
Acoge su corazon
Los elogios de Manía!

El santo lugar en breve
Tan en silencio se queda,
Que hasta se oye el ruido leve
De la hoja que se mueve
Por la próxima alamedada

Ya su cátedra abandona
El fatigado Orador

Que al auditorio ilusiona,
Y un solemne Credo entona. Y
El Ungido del Señor.
Y con dulce melodía
De que no hay copia, ni ejemplo,
Ni idea en mundana orjía,
Otra vez inonda el templo
Un torrente de armonía.
Y con los místicos sonos,
Y el aroma del incienso,
Y el fulgor de los blandones,
Mézclanse de un pueblo inmenso
Las sentidas oraciones.
¡Cuánto la fé campa y brilla
Cuando con su eco parlero
La agitada campanilla
Manda doblar la rodilla
Y anuncia al manso Cordero!
El efecto sorprendente
De un conjunto tan sin par
Se concibe, palpa y siente,
Tal vez le abarca la mente.
Mas no se puede expresar.
Ya la Víctima Sagrada
Es holocausto propicio
Que al Eterno Padre agrada,
Y con pompa inusitada
Se consuma el Sacrificio.
Ya con cristiana emoción
Todos la frente inclinando,

Sin una sola excepción,
Reciben la bendición
Del Ministro venerando.
Y cual de antigua colmena
Sale tal vez nueva cria
Que el cercano otero llena,
Y por la floresta amena
Corre siguiendo a su guía;
Y en el vástago se cuaja
Del árbol dó se aposenta,
Y con su peso le baja,
Y le rinde y le desgaja
Con la carga que sustenta;
O cual de aves emigrantes,
Cuando caminan errantes,
Cubre la inmensa cuadrilla
Los peñascos culminantes
Del mar a la inquieta orilla;
Y alzando el robusto vuelo
Para buscar otra zona,
Eclipsan la luz del cielo,
Y hacen sombra al barquichuelo
Que a los vientos se abandona;
Así el pórtico divino
Un gentío inmenso llena;
Cuajase el ancho camino,
Y del paseo vecino
No se ve la rubia arena,
Y en cordial fraternidad
Impacientes y ligeros

Dan la vuelta á la ciudad
Que amable hospitalidad
Concede á los forasteros.
De la vispera renuevan
Los juegos y diversiones,
Y con su porte comprueban
Que de bidalgos fama llevan
Con razon sus corazones.

El Vallo de Arrastaria.

¿No oís de cien campanas
Los mágicos acentos
Con súbita alegría
Sonar allá á lo lejos?
¿No oís cuál por el valle
Rodando van los ecos,
Que en torno reproducen
Los montes y linderos?
Venid, venid conmigo,
Venid al sacro cerro
Dó tiene su morada
La Reina de los Cielos.
Subamos á la Antigua,
Subamos, y aspiremos
Las auras matinales
Que brindan al paseo.
Desde ese promontorio
Pacífico y ameno

Regístranse los campos
Y aldeas sin esfuerzo.
Tal vez claros indicios
Allí sorprenderemos,
Que expliquen la escondida
Razon de tal misterio.
Del sud vienen los sonos
En alas de los vientos....
Buscar del alborozo
La causa allí debemos....
En *Délica*, no hay duda,
Celebran el recuerdo
De alguna fausta nueva,
De algun feliz suceso....
Mas cómo, ¿no es *Artómana*
Ese otro lindo pueblo,
Sombreado de perales,
Higueras y cerezos?
También por su Parroquia
Sucede algo de nuevo,
Campanas y esquilones
Rodando están á un tiempo....
A la siniestra mano
Mirad de aquel otero....
¿No es *Alória* esa aldea
Que está cerca de *Arbieto*?...
Sus cóncavos metales
También andan á vuelo,
Ruidosos precursores
Del júbilo y contento.

Mas ¿qué miro? *Tertanga*
Que está del lado opuesto,
¿No toma tambien parte
Como ella en el festejo?....
¿Cuál puede ser la causa,
Decidme, ó el objeto
De tanto regocijo,
De tanto campaneo?....
El sol que hoy nos alumbra,
¿Sabedlo, sí, sabedlo!
De Mayo el mes florido
Se cuenta ya el noveno,
Y en este bello dia
Del mes mas lindo y bello,
Piadosas tradiciones
Recuerdan esos pueblos,
Comunes infortunios,
Allá en lejanos tiempos,
A toda esa comarca
Penaron y afligieron,
Negáronse las fuentes,
Los cauces y arroyuelos,
A dar á la campiña
La vida con el riego,
Cerró sus manantiales
El ancho firmamento,
Y las preñadas nubes
Buscaron otro cielo,
En vez de suaves brisas,
Reinó maligno viento,

Que huir hizo á Pomona
De su frondoso huerto,
Las nieblas se ausentaron,
Y al afligido suelo
No vino ya el rocío
A descender benéfico,
La demacrada espiga
Barrió con sus cabellos
El abrasado polvo
Del árido barbecho,
Secáronse las vides,
Los pájaros murieron,
Y el antes verde prado
Tornóse amarillento,
Dejó en fin ver el hambre
Su pálido esqueleto,
Seguida del contagio
Su digno compañero,
Y toda aquella zona
Feliz en otro tiempo,
Fué solo campo estéril
Y vasto cementerio,
Entonces, de Arrastária
Los nobles hijos, viendo
Que Dios solo á su cuita
Poner puede remedio,
De luto llena el alma
Y de congoja el pecho,
Sus tristes ojos vuelven
Al irritado Cielo,

Congréganse de pronto,
Movidos de un afecto,
Y oyendo á los ancianos
Que asisten al Consejo,
Solemnemente juran,
Y voto hacen perpétuo
De dar culto á María
Postrados en su templo.
Y el día en que le rinden,
Fijado ya en su acuerdo,
Miradlo, es el que hoy luce
Tan plácido y sereno.
Cien veces ya las aves
Sacaron sus polluelos
En la vecina selva
Después de ese suceso:
Cien veces los arroyos
Con vínculos de hielo
Encadenó en su curso
El aterido invierno.
Mas ellos, como hidalgos
Por su raza y sus hechos
De antiguos beneficios
Conservan el recuerdo,
Y hoy vienen á esta casa
Solicitos cumpliendo
La santa anual promesa
Que sus padres hicieron...
Mirad, las procesiones
Por esos cuatro extremos

Ya vienen avanzando
Con pompa y lucimiento,
La enseña del cristiano,
Del sol á los reflejos,
Cual astro luminoso
Fulgores va esparciendo.
Los sacros estandartes,
No véis de trecho en trecho,
Cuán suavemente ondulan
Al ósculo del céfiro?
En doble hilera llegan
Los fieles, repitiendo
Los místicos cantares
Que niños aprendieron.
Ya estrechan las distancias
Y vanse remiando
Tras esos empujados
Formando un solo cuerpo.
Qué escena tan sublime,
Qué cuadro tan poético
Se ofrece á nuestros ojos
Queridos compañeros!
El Sacerdote santo,
Seguido de su pueblito,
Rindiendo adoraciones
En medio del desierto.
¿A quién? ay! á la Virgen,
La hija del Excelso,
Mas pura que la nieve
Del cano Pirineo;

La tierra por alfombra,
Por pabellon el cielo,
Y por santuario el araso,
De su inflamado pecho.
¡Huid de aquí, profanos!
No empañe vuestro aliento
De un grupo tan brillante
Los fúlgidos destellos!
Buscad mundanos goces,
Allá en salones régios,
Donde se arrastra el oro,
La seda y terciopelo.
Deso que llamais *dicha*,
Buscad el gran secreto
De báquicos festines
Entre el ruidoso estruendo,
Y al habitante humilde
Dejad de estos barbechos,
Que llevé a otras regiones
El generoso vuelo:
Feliz con sus creencias,
Feliz con sus deseos,
Feliz con la paz santa
De su pajizo techo.
Mas ya el verde collado
Con pausa van subiendo
Ya en orden se aproximan
Al pórtico del templo,
Y el júbilo inefable
Que inunda ya su pecho

Vertiendo van los ojos
Por no caber adentro.
Renuévanse los cánticos
Perfumes y misterios
Que vimos en la vispera
Con plácido embeleso.
Ya en fin da al santo voto,
Que hicieran sus abuelos,
El valle de Arrastária
Solemne cumplimiento.
Y humildes implorando
La bendicion del Cielo,
Regresan a sus lares,
Gozosos y contentos,
Orduña que dió pruebas
De amable en todo tiempo,
Con ese aire sencillo
Que encanta al forastero,
Los lleva como en triunfo
De la ciudad al término,
Do sale a despedirlos
Su Ilustre Ayuntamiento.
Renuévanse allí ofertas
Que mil veces se han hecho,
Y al emprender su marcha
La procesion de nuevo
Recíprocos abrazos
Se dan con mútuo afecto,
Que siempre fueron uno
Los cinco hermanos pueblos.

TRADICIONES.

I.

Lisias y Dorilo, ó los dos pastores.

Sobre el rollizo
Tronco de un árbol
Gentil mancebó
Se ha reclinado.
Viste ropilla
De burdo paño,
De piel la gorra,
De cuero el sayo.
Un zurroncito
Lleva colgando
Del hombro diestro
Sobre el costado,
Su aire impaciente,
Su mirar vago,
Prueban que absorbe
Su espíritu algo.

Traza en el polvo
Círculos varios
Con el extremo
De su cayado.
Pero ni él sabe
Decir acaso,
Si algún designio
Guía su mano.
¿Qué pensamiento
Le embarga en tanto?...
Nadie hasta ahora
Pudo indagarlo.
Tiernos suspiros
Exhala á ratos,
Que gozo indican,
Pena ó quebranto.
Yace, no lejos,
El fiel Melampo,
Fijos sus ojos
En los de su amo.
Y cuando brotan
Súbito llanto,
Llega y humilde
Lame sus manos.
Por el vecino
Verde collado
Su amigo Lisias
Baja cantando.
Y el pastorcillo
Con sobresalto

Borrar del lloro
Quiere los rastros
Pero es inútil,
Que de sus párpados
Ha visto el joven
Rodar el llanto.
Y cariñoso,
Cerca llegando,
Tales palabras
Los dos cruzaron:
—Di, por tu vida,
Dorilo ingrato,
¿Qué te sucede?
Que estás llorando?
—¡Ay Lisias mío,
No sé explicarlo,
Lloro... y la causa
Yo no la alcanzo!
—No, pobre mozo,
Sucédete algo,
No hay en los montes
Pasiones de ánimo.
Quizá el hastío
Tras el regalo
Destrozó el alma
De un cortesano.
Tal vez no sabe
Si va a indagarlo,
Por qué está el triste
De vivir harto.

Pero el que corre
Libre en el campo
Tras de las corzas,
Tras de los gamos,
El que no busca
Manjares raros,
Y el pan sazona
Con su trabajo,
El que no tiene
Bienes mas gratos
Que su cabaña,
Que su ganado,
Y ve el primero
Y último rayo
Del sol naciente,
Y en el ocaso,
¡Ay, mi Dorilo,
Querido hermano,
Cuando ese llora,
Llora por algo,
Di tu secreto,
Sabré callarlo,
¡No has de ser nunca
Conmigo franco?
—¡Jamás contigo
Secretos guardo;
Bien sabes, Lisias,
Que no te engaño.
—¡Cómo es entonces
Que suspirando

Siempre te encuentro
Por estos altos?
Por qué así huyes
De nuestro rancho,
Y ningún día
Pruebas bocado?
—Dime, Dorilo,
¿No hay allá abajo
Mejores sombras,
Mejores pastos?
—Si, amigo Lisias,
¿Cómo negarlo?
Pero este sitio
Me gusta tanto!
Bajo las verdes
Ramas de este árbol
Todas las tardes
La siesta paso.
No sé qué magia
No sé qué encanto
Tiene este tronco
Donde descanso.
Cuando me alejo
Con mi Melampo,
Vuelvo a mirarle
Desde aquel alto.
Y muchas veces,
¿Lisias, creéraslo?
Torno a sentarme
Donde hora yago.

Voz misteriosa
Creo entretanto
Que así me dice
Con eco blando:
"Ay! no te vayas,
"Dorilo ingrato,
"Espera un poco
"Que aun es temprano:
"Tente, no temas,
"Que del ganado
"Fieles custodios
"Son tus alanos".
—Di, hermano mio,
Filis ¿caso
Te habló de amores
En estos prados?
¿Desos morales
El sazonado
Fruto algún día
Dióte en regalo?
—Dulces memorias
No guarda este árbol
Ni oí ternezas,
Ni á Filis amo.
—¿Quién pues descifra
Misterio tanto?
Tales trasportes
Y tales raptos?
Ay! tu cerebro,
Pobre muchacho,



No cabe duda,
Se ha trastornado
Zagal ninguno
Por estos allos
Puede contigo
Ser comparado.
Con tu navaja
Labras de un palo
Preciosidades
Que causan pasmos
Yerbas y flores
Te han revelado
De medicina
Secretos raros.
Cuando á la calva
Tal vez jugamos
Siempre la tuya
Pega en el blanco
Son tus cantares
A nuestros ánimos
Lo que las lluvias
Al mustio prado.
Ninguno trepá
Mejor á un árbol,
Desciébse su honda
Salta un barranco
Ni más fecundo
Se ve un rebaño
Qué el que á tu aprisco
Vuelves del pasto.

Queso, ávellanas,
Carné de gamo,
Miel de romero
Y otros regalos,
En tu cabaña
Nunca han faltado
Con suaves pieles
Para el descanso.
¿Quién no te envidia,
Jóven gallardo,
Por estos montes
Por esos llanos?
¿Pastor alguno
Se hallará acaso,
Mas entendido,
Mas agraciado
Cuando debias
Estar ufano
Con esas prendas
Que en ti admiramos,
Y ser la gala
De todo el campo,
De tus amigos
Ay! no haces caso.
Ya á las perdices
No ponés lazos
Ni de las liebres
Sigues el rastro
De tu zampoña
Los ecos blandos

Ya no embelesan
A nuestros Faunos.
Ni fiel remedas
Entre los álamos
De las zagalas
El dulce canto.
Ni los domingos
Llevas al hato
De nido oculto
Pichones blancos.
¿Qué pesadumbres,
Dorilo caro,
Causar pudieron
Tan triste cambio?
¿Por qué así esquivas
Desventurado,
De los pastores
El dulce trato?
¿Por qué estos sitios
Tan solitarios
Buscas, y lloras
Mientras que te hablo?
Di tu secreto,
Sabré callarlo,
No has de ser nunca
Conmigo franco?
—No así encarezcas
Prendas y rasgos
Que tu alesoras
En mayor grado.

Deja alabanzas,
Y deja aplausos,
Que sé, mi Lisias,
Cuán poco valgo.
No mi retiro
Debe inquietaros,
El juicio tengo
Cabal y sano.
Si entre vosotros
No siempre me hallo,
No lo atribuyas
A que no os amo.
Al pié del duro
Tronco de este árbol,
Siéntome á veces
Encadenado.
Secretos goces,
Nunca probados,
Hallo tendido
Bajo estos ramos.
De mis trasportes
¿A qué ocultarlo?
La causa, Lisias,
Yo no la alcanzo.
Lágrimas suelo
Verter á ratos,
Y á los suspiros
Doy tal vez pábulo....
—¿Y qué provoca,
Dime, tu llanto?

—¡Ay, dulce amigo,
No sé explicarlo!
—Dorilo, basta.
Pretendo en vano
Saber tus males
Para aliviartelos.
Alza del suelo
Dame esa mano
Que el sol se esconde
Ya en el ocaso.
Venite conmigo,
Ven, que allá abajo
Tristes aguardan
Celio y Menandro?
Y los pastores
Con lento paso
Por la montaña
Vanse alejando.

II.

El Párroco y el zagal.

De un pobre templo, que aislado
Del pueblo vecino está,
Un anciano Sacerdote
Se pasea ante el umbral.
La nieve de sus cabellos,
Las arrugas de su faz,
Amor y respeto infunden
Cuando se le ve pasar.

Si son espejo del alma
Los ojos, diciendo están
Los suyos cuánto atesoran
De virtud y de bondad.
Reina la calma en su frente,
Mas no es fácil explicar
Si es austera su alegría
O dulce su austeridad.
En su venerable rostro
Dibújase expresión tal,
Que se duda si propende
A sonreír ó llorar.
Nudoso háculo empuña,
Sosten preciso, que ya
La insegura planta afirma
Con suma dificultad,
Pero aunque agovia sus hombros
El tiempo inflexible, ay!
Donde asoma el infortunio
Vésele al punto llegar.
Visita al pobre en su lecho,
Consuelos al triste da,
Y á todas partes alcanza
Su mano providencial.
La comarca le bendice
Como á un genio tutelar
Que por do quier la ventura
Va derramando y la paz.
Sin duda grave negocio
Le debe preocupar.

Pues sus inquietas miradas
Corren de aquí para allá.

Ora levanta los ojos
Con el solemne ademán
De quien luz é inspiraciones
Del Cielo aguardando está.

Ora los clava en la tierra,
Como queriendo buscar
La solución de un enigma
Que no comprende quizás.

Por el sendero vecino
Llega de pronto un zagal.....
Toma su trémula mano,
Y un tierno ósculo le da.

El Párroco le bendice
Con afecto paternal,
Y exclama: "Mi buen Dorilo,
¿Cumpliste el encargo ya?

—Cumplite, Señor, y arriba,
Junto al frondoso moral,
Inquietos vuestros amigos
Ya esperándoos están.

Partieron por el atajo
Interín yo vine acá
Por traerlos, Padre mío,
El aviso que aguardais.

—Vamos pues; el Cielo quiera
Nuestras pisadas guiar,
Y cúmplase en todo tiempo
Su divina voluntad.

Pero sé ingénuo, hijo mío,

Nada me ocultes, zagal;

De tu relacion ¿no tienes

Nada que rectificar?

—Nada, Padre, yo os protesto

Que en todo dije verdad.

—Está bien: mas ¿cómo hallaste....

—Señor, os lo he dicho ya:

Una mañana á ese cerro

Fuí por acaso á sestear....

—¿Por acaso? tu venida

¿No fué, di, providencial?

Prosigue, amigo, prosigue;

Llegaste al cerro, y ¿qué mas?

—En tanto que mis ovejas

Pastaban aquí y allá,

Yo me senté fatigado

Sobré el tronco de un moral.

Dormí profundamente,

Y á poco empecé á soñar....

—¿Y estás seguro, Dorilo,

De que fué un sueño no mas?

—Si Padre, sí; yo á lo menos

Siempre le tuve por tal.

—Sigue, pastor, tu relato,

Que interesándome va.

—De una música divina

Parecióme que al compás

El pabellon de los cielos

Se rasgaba por mitad.

Alzo los ojos, y absorto
Veo un palacio imperial,
Que vería hacia la tierra
torrentes de claridad.
Entonces una Señora
De belleza singular,
Vuela hacia mi, cual saeta
Lanzada á la inmensidad,
Y tocándome en el hombro,
"No temas, pobre zagal,
"Me dice, ten confianza,
"Que bajo mi amparo estás.
"En esa comarca quiero
"Tener un templo y altar,
"Y tú eres el encargado
"De cumplir mi voluntad."
Dijo, y con rápido vuelo
Tornó á su sòlio inmortal,
Dejando el ambiente henchido
De fragancia y suavidad.
Desperté sobresaltado,
No acertándome á explicar
Qué misterioso motivo
Produjo en mi sueño tal.
Tomé cariño á ese cerro
Y desde entonces acá
Rara vez, tarde ó mañana,
Le dejé de visitar.
De aquel dulcísimo sueño
Que no olvidaré jamás,

Ay! saborear la memoria
Buscaba en la soledad.
La otra tarde que rendido
Me senté junto al moral,
Oí de cerca el arrullo
De una paloma torcaz.
Sospecho que la avecilla
Debe sin duda anidar
Del árbol, mi favorito,
Entre la frondosidad.
Ocúrreme armar un lazo,
Prepárole con afán,
Por apresarla otro día
Con la luz matutinal.
Dejo el cayado en el suelo,
Me encaramo sin tardar,
Voy separando las ramas,
Y llegando á la mitad,
Bajo un toldo de verdura,
Bella y hermosa, sin par,
Hallo, Padre, aquella imágen
De que ayer os hablé ya.
"Qué de encantos en su rostro!
"Qué dulzura en su mirar!
"Qué sonrisa tan graciosa
En sus labios de coral!
—Bien, Dorilo; pero dime,
Tú ¿no tenías de atrás
Indicios del rico hallazgo
Que guardaba ese moral?"

—Ninguno, Señor, ninguno,
—Y ¿no te ocurre pensar
Que ocultarle en aquel árbol
Pudo tal vez la piedad?
—No os entiendo... —Oye, hijo mio,
Es muy posible, que allá
Cuando el infiel nuestros templos
Quiso un día profanar,
Algun celoso creyente
La escondiese allí quizás
Entre las frondosas ramas
Al huir del pátrio hogar....
—No puede ser, Padre mio.
—Pues ¿qué inconveniente hay?
Llenas de casos como ese
Nuestras crónicas están.
—Yo, Señor, no soy leido,
Pero puedo asegurar
Que la Santísima Virgen
Ésta allí de poco acá.
—¿En qué te fundas? —Me fundo,
En que el crudo temporal
Sus sagradas vestiduras
Hubiera deshecho ya.
La nieve, el hielo, la lluvia...
—Segun eso, buen zagal,
¿Intacto está su ropaje?
—Tan intacto, que no hay
Ni una arruga, ni una mancha
Ni un giron en su cendal.

Vos la veréis, Padre mio.
Y entonces podréis juzgar.
—Si, la veré, que al oírte,
Cada vez lo anhelo mas.
Ea, marchemos, Dorilo,
Llévame allí sin tardar,
Que ya sin duda impacientes
Aguardándonos están.”
Y continuando el sendero
Que cruza un verde encinar,
A poco desaparecen
El Párroco y el zagal.

III.

Ofrendas campestres.

Del sol naciente
Los rayos tibios
Ya de los montes
Doran los picos.
De nuevo ensayan
Los pajarillos
Dulces gorjeos
Y suaves trinos.
Pero no se oye
Por el circuito
De los rebaños
Hoy el balido.
Ni se ve en torno
Pasear altivo

Al encefado
Fosco novillo.
Ni los mástines
De noble instinto
Siguen la pista
Del lobo impio.
Ni por las breñas
Trepá el cabrito
Con caprichosos
Saltos y brincos.
¿Por qué retienen
Los pastorcillos
Hoy sus ganados
En el aprisco?....
Un alborozo
Desconocido
Llena del valle
Todo el recinto.
Crúzanse á trechos
Voces y gritos,
Présagos fieles
Del regocijo.
A qué responden
Agudos silbos,
Con que se explican
Los montesinos.
De entre el follaje
Del bosque umbrío
Parten los ecos
De un caramillo;

Que fiel modula
Con sus sonidos
Campestres arias,
Rústicos himnos.
Dejan el blando
Lecho querido
Las bellas ninfas
De aquellos sitios.
Y á coro, entonan
Cantos festivos
Con melodioso
Variado estilo.
Pero ¿qué extraño
Súbido ruido
Suená en la falda
Del montecillo?
De un pintoresco
Grupo de tilos
Sale una tropa
De campesinos.
Celio, Menandro,
Lisias, Dorilo,
Y el rubio Aléxis,
Y el tierno Anfrisio,
De sus zagalas
Van precedidos,
Luciendo el traje
De los domingos.
Y sobre el muelle
Césped florido



Siéntanse todos
Formando círculo.
"Ea, muchachos,
Dice Dorilo,
Id presentando
Los donativos,
Que como prenda
De fiel cariño,
Hoy á la Virgen
Llevais conmigo."
Dice, y enseña
Dos corderitos,
Mas que la nieve
Blancos, Anfriso,
De miel sabrosa
Panales ricos
Entre hojas frescas
Celio previno.
Lleva Menandro
Dos jilgueritos,
Que con la madre
Cogió en el nido.
De suave nata
Lisias provisto
Trajo á los hombros
Un cantarillo,
Blanco azafate
De quesos limpiós
Descubre Alexis,
Mientras Dorilo

Presos del cuello
Dos terneritos
Lleva con cintas
De lana y sirgo.
Sus bellos ojos
Alza expresivos
Filis la reina
De los hechizos,
Y sonriendo
Muestra á su amigo
Linda corona
De verde mirto,
Todos aplauden
A un tiempo mismo
Su delicado
Gusto exquisito,
Y la doncella
Con aire tímido
Baja los ojos
Dando un suspiro,
Traen sus amigas
Ramos floridos
De violetas
Y de jacintos;
Entreverados,
Con mil caprichos,
En el romero,
Salvia y tomillo,
Rojos claveles
De color vivo,

Blancos jazmines,
Cárdenos lirios.
De sus cabellos
Un cordoneito
Para su raño
Luscinda hizo.
Nise ató al suyo
Verde cintillo,
De la esperanza
Gracioso símbolo.
"Alzad' del suelo,
Venid conmigo,
Dice gozoso
Por fin Doñilo.
Estos campestres
Dones sencillos
Hoy á la Virgen
Serán propicios.
Ya en lontananza,
Caros amigos,
De la Parroquia
La cruz diviso.
Mirad, del templo
Ya en el vestibulo
Nuestros hermanos
Se han reunido.
Ya la sonora
Campana á gritos
Anuncia el nuevo
Raro prodigio.

Bellas zagalas,
Mozos pulidos,
¿Qué nos deliene
Ya en estos sitios?
Ea, llevemos
A su destino
Nuestras ofrendas
Y donativos.
Que al cerro Santo
Ya habrán subido
Dentro, de poco
Nuestros vecinos.
Mezele sus sonos,
Querido Anfrisio,
Con tu zampoña,
Mi caramillo.
Cantad vosotros,
Entanto el himno
Que nuestro anciano
Párroco hizo.
Y al punto en orden
Marchan lucido,
Cantando a coro
Por el camino:
"Salve, Princesa
"Del paraíso,
"Que santificas
"Estos dominios.
"Mira con ojos
"Siempre benignos

"A los que se honran
"De ser tus hijos,
"Fulgida estrella,
"Faro divino,
"Luz portentosa
"De eterno brillo;
"Guía los pasos
"Del peregrino,
"Que en el destierro
"Gime cautivo.
"Las claras fuentes,
"Los mansos rios,
"Arboles, plantas,
"Montes y riscos;
"Cuantos habitan
"El bosque umbrío,
"Aves y fieras
"De vario instinto;
"Y el escamoso
"Bando infinito,
"Que el mar encierra
"Bajo su abismo;
"Todos te rindan
"Obsequios dignos,
"En concertado
"Múltiple estilo.
"De los pastores
"Junto al aprisco
"Fijas tu trono
"De amor en signo

"Caigan sobre ellos
"Tus beneficios,
"Cual sobre el campo
"Baja el rocío,
"Reina del valle,
"Del monte hechizo,
"Sea tu nombre
"Siempre bendito."

Dicen, y cruzan
Los pastorcillos
El solitario
Monte vecino.

Repite el eco
Sus cantos místicos,
De árbol en árbol,
De risco en risco.

Pero sus voces
Ya se han perdido
Bajo las bayas,
Robles y pinos.

IV.

El triunfo.

De Orduña á la diestra mano,
Segun se va al occidente
Después de cruzar el llano,
Subiendo al monte cercano
Por la fragosa pendiente;

Cerca ya de una ladera,
Mole imponente y severa
Que limita aquel paisaje.
Residencia de la fiera
Y del águila salvaje;

Hay un cerro tapizado
De suave y menuda yerba,
Donde no llegó el arado,
Do el césped nunca pisado
Su eterno verdor conserva.

Inexpugnable muralla
Que al cielo escalar parece,
Un peñon al confin se halla,
Natural, rústica valla,
Que del viento la guarece.

Vive en su cima perdido
Tal cual roble secular,
Mil veces del rayo herido,
Pero que nunca ha nutrido
Con su despojo al hogar.

Cuando la herbosa melena,
Que cubre el risco, se llena
De mal apretada nieve,
Si entonces se desenfrena
Furioso el ábrego aleve.....

¡Ay de la pobre cabaña
Que en el recodo se oculta!
De súbito la montaña
Ruge estruendosa con saña,
Y en sus ruinas la sepulta.

Pero la hermosa colina
Que en sus faldas se reclina
Cual una niña mimada,
Salva del riesgo, domina
La vega á sus piés situada.

Precipitado torrente
Ciñela á su diestra mano,
Despeñándose inclemente
Cuando mueve el austro ardiente
Las tormentas del verano.

Córtala de la otra parte
Un barranco reducido
Que ciñe el verde baluarte,
Y aguas perennes reparte
Lamiendo el césped florido.

Llámase entre los zagales
El cerro de los morales,
Porque en su fondo y costados
En hileras desiguales
Hay algunos arraigados.

Pero nótese al momento
Uno, que altivo y frondoso,
Tiende sus brazos al viento,
Mas que todos corpulento,
Y mas que todos umbroso.

Aislado en un pradecillo,
Crece cual rey de la selva
Entre el cantueso y tomillo,
La ramosa madreselva,
Y el siempre odoró junquillo.

Esta pues, breve esplanada,
Vese de pronto inundada
Por todas partes de gente,
La fe en sus ojos pintada
Con expresion elocuente.

Mas ¿por qué se postra en tierra
Con la cabeza desnuda?
¿Qué misterio aqui se encierra?
¡Grave suceso en la sierra
Tiene lugar hoy sin duda!

Mas ya avanza en doble hilera
Todo un pueblo en rogativa
Con pendones, cruz y cera,
Y al confin de la pradera
Con extraña pompa arriba.

Cual numerosa bandada
De grullas el alto vuelo
Lleva á region mas templada,
Y en tropa bien ordenada
Marcha en busca de otro cielo;

Y acampando en la desierta
Loma que encuentra en su viaje,
Si alguno á pasar acierta,
La ve á lo lejos cubierta
De ceniciento plumaje;

Así el tropel que agolpado
Cunde con ansia que asombra
Del uno y del otro lado,
No deja ver del collado
La verde y florida alfombra.

Diriase que se apresta
Del monte, tras largo asedio,
A tomar la altiva cresta:
Tanto al que viene le cuesta
Franquearse el paso por medio.

Al son de los atabales,
En dos grupos desiguales
Atraviesan la colina
El clero y los concejales
De la ciudad mas vecina.

Encorvado por la edad
Un Sacerdote va entre ellos;
A quien dan autoridad
Las arrugas de su faz,
La nieve de sus cabellos.

La comarca toda entera
Le bendice y le venera;
Que la bondad del anciano
Deja sentirse do quiera,
Ya en el monte, ya en el llano.

Llegan al árbol frondoso,
Y hondamente conmovido,
Pide el Párroco virtuoso
Que el ramaje misterioso
Sea al fin reconocido.

Y un agraciado zagal,
De otros tres en compañía,
Súbito escala el moral,
Que guarda la celestial
Bella imagen de MARÍA.



Cual de riquezas hambiento
Busca el preciado tesoro
Con afan el ayariento,
Creyendo á cada momento
Ver brillar la plata y oro;
Y el removido terreno,
De mortal inquietud lleno,
Con cien ojos examina,
Hasta que ya el rico seno
Deja ver la ansiada mina;
Y ante el metal codiciado
Mudo se queda y pasmado,
Y en torno temblando mira,
Y enloquecido y turbado,
Llora de gozo y suspira;
Así el concurso que llena
Del sacro cerro la cumbre,
Se éxtasia y enagena,
Y se agita y desordena
Contra su habitual costumbre.
Y sus ardientes miradas
Fijas están y clavadas
En el árbol sacrosanto.
Las mejillas inundadas
De dulce, inefable llanto.
Ya el ramaje se extremece,
Ya el tesoro allí escondido
Bello y radiante aparece,
Y de punta á punta crece
La algazara, grita y ruido,

Y la imágen de MARÍA,
Que á la tierra el Cielo envía,
Largos vitores arranca,
Fieles signos de alegría,
Del placer expresion franca.
Seguidas de los pastores
Vánse acercando en dos alas
Con ramilletes de flores,
Ricos de aromá y colores,
Las inocentes zagalas.
Y de tierno amor en prenda
Cada cual lleva la ofrenda
Que tomó del bosque umbrío,
De su plácida vivienda,
O á las márgenes del río.
Una Salve el clero entona,
Que el pueblo á coros repite,
Y el ángel de aquella zona,
Se outernece y se ilusiona,
Y hasta el cielo la trasmite.
Sobre una luciénte peana
Colocan la Santa imágen,
Y ordenan que con cristiana
Pompa á la Iglesia cercana
Cuatro Clérigos la bajen.
Sobre sus hombros levantan
Aquella carga preciosa,
Y á un tiempo floran y cantan,
Y hácia el templo se adelantan
Con la efigie portentosa.



De blanco raso vestida,
Seméjase en lontananza,
Cándida y pura, á la huida
Paloma que cerca anida
Y al árbol amigo abanza:
— O á la hermosa y bella luna,
Que en los móviles espejos
Deja ver de la laguna,
Desde su azulada cuna
Del almo sol los reflejos.

Ya confunden su armonía
Con la alegre chirimía
Los templados tamboriles,
Y la dulce letanía
Con los himnos pastoriles.

Por delante, y en dos alas
Repartido, va danzando
Con sus mas preciosas galas
Lindo grupo de zagalas
Que Dorilo va guiando.

Las aves de la floresta
Su función tienen dispuesta
Del valle á la Reina hermosa,
Y al pasar, canora orquesta
La saluda melodiosa.

Resuena agitado el viento
Con vivas y aclamaciones,
Que en tan solemne momento
Arranca el gozo y contento
Que inunda los corazones.

Y se enardece y se inflama
Por do quier la fe, mas tibia,
Y la multitud que aclama,
Llanto copioso derrama
Que el pecho oprimido alivia.

Pero ya el umbral traspasa
Del Santo templo Mania,
Y al verla entrar en su casa,
El pueblo en amor se abrasa,
Bendiciéndola á porfia.

Y en su dulce arrobamiento
Suavemente se recrea
Contemplando aquel portento,
Y cien veces y otras ciento
La apostrofa y victorea.

Pero ya la luz espira,
Y al hogar desatendido
Ya el concurso se retira,
Y al despedirse la mira,
Y la dice enternecido:

“Virgen pura, que quisiste
“Reinar en esa morada,
“Refugio y solaz del triste;
“Pues por tuya la elegiste,
“Nunca sea profanada!”

V.
El nuevo templo.

Uno tras otro, insensibles,
Largos años traseurrieron,

Hundiéndose en esa sima
Que lleva por nombre *tiempo*.
Cien y cien generaciones
Con paso rápido huyeron,
Que de la vida es muy breve
El espinoso sendero.
Cambió de faz la comarca,
Trasformóse aquel terreno,
Y el poblado promontorio
Vino á quedarse desierto.
Una vez y otra de Orduña
Los desparramados techos
Ay! á montones de escombros
Redujo voraz incendio.
Buscó mas tarde en el llano
Cómico y fácil asiento,
Quedando solo en el monte
De MARIA el almo templo.
Que las llamas le respetan,
Por especial privilegio,
En el comun infortunio
Que llenó de angustia al pueblo:
Tal cual humilde cabaña,
Solitaria en aquel cerro,
Marcaba á los nobles hijos
El solar de sus abuelos.
Tal cual pobre caserío
Daba en aquel triste yermo
Guardia de honor á MARIA,
Velando su alcazar regio.

Mas ay! el sagrado muro
Ya carcomido y decrepito,
Difícilmente sustenta
De las bóvedas el peso.
Por las huecas hendiduras
El melancólico viento
Deja oír sus tristes ayes
Y gemidos lastimeros.
Y la piedad alarmada
Con sus pavorosos ecos,
Teme, se exalta y medita
Cerca erigir otro nuevo.
No hay recursos, ¿mas qué importa?
La Virgen está por medio,
Que cual suele hará milagros,
Si menester es hacerlos.
Superan dificultades,
Vencen obstáculos serios....
¿Cuánto en las árduas empresas
Pueden la fé y el deseo!
Y al cabo de pocos lustros
Alza, magnífico y bello,
Su augusta frente el palacio
De la Reina de los Cielos.
¿Quién del sagrado recinto
Al hollar el pavimento,
No evoca tiernas memorias,
Dulces y gratos recuerdos?
Aquella gloriosa Imágen
Es la misma que otro tiempo

Del inocente Dorilo
Se dejó ver en el cerrojo
Aquellas mudas pilastras
Con elocuente silencio
Pregonan las maravillas
De que allí testigos fueron
Escrito en la frente llevan
Con caracteres eternos
Un catálogo asombroso
De prodigios y portentos
Cada piedra es una cifra,
Cada marmol un compendio,
Que las bondades anuncia
De la Hija del Excelso
Ningun corazon herido
Ningun lacerado pecho
Dejó de hallar en sus aras
El bálsamo del consuelo
¿Quién no aspira, al fiel abrigo
De aquel pacifico techo,
Castos perfumes que el alma
Llenan de dulce embeleso?
¿Quién no olvida allí del mundo
Los placeres y el estruendo,
Y á las mas altas regiones
Se encumbra del sentimiento?
¿A quién la piedad antigua
No asombra, al ver los espléndido
Muros que alzó la pobreza
Con heroicos esfuerzos?

¿Dó están aquellos varones,
Gloria del cántabro suelo,
Cuya fe sola obrar pudo
Prodigio fan estupendo?....
Ay! tambien ellos pasaron,
Y hasta sus nombres se hundieron
En esa terrible sima
Que lleva por nombre tiempo.
Pero aun vive hacia Manía
Aquel entrañable afecto,
Que en rica herencia legaron,
Al despedirse, á sus nietos.
Sí, tu amor, oh Virgen Santa,
Se perpetúa en un pueblo,
Que en la piedad y ternura
No cede, no, á sus abuelos.
Protégele bondadosa,
Vela por él con empeño,
Haz que de tu patrocinio
Sienta el influjo benéfico.
Muéstrale que eres su Madre,
Y en sus cuitas, y en sus duelos,
Conozcan tus Orduñeses
Que son hijos predilectos.
Y el amor que te profesan,
Proverbial, Señora, en ellos
De edad en edad trasmitan
Con sus virtudes y ejemplo.

PORTENTOS.

I.

Madre ó hija.

Hondamente impresionada
Sube el cerro de la Antigua
Por la alameda contigua
Una Señora enlutada.
Bajo el crespon elegante
Prendido de su cabeza
Cierta expresion de nobleza
Deja ver en su semblante.
Llanto sin duda ha vertido.
Porque, cuando alguno pasa,
Compone inquieta la gasa
Que vela el rostro afligido.
Un libro lleva en la mano,
En cuya doble cubierta
Campa una cruz, señal cierta
De que es su Mentor cristiano.

Por entre el verde ramaje
La va siguiendo una niña,
Que viste negra basquiña
Con blondas de negro encaje.
Simpatia misteriosa
Sus dos almas encadena,
Risa, llanto, gozo ó pena
Son en ambas una cosa.
El que las ve, si se fija,
Reconoce sin tardanza
La singular semejanza
De la madre y de la hija.
Contemplando á la primera,
Vense al través de la edad
Restos de antigua beldad
Melancólica y severa.
Pero rasgos peculiares
Hacen formar conjetura
De que ajaron su hermosura
Mas que la edad, los pesares.
En la segunda es de ver
Una temprana belleza,
Donde la naturaleza
Sábía ostenta su poder.
Aunque niña todavía
Que solos dos lustros cuenta,
Tres al menos representa
Su donaire y gallardia.
Luce, apenas desplegada
Su hermosura juvenil,

Cual fresca rosa de abril
Abierta á la madrugada.
Suelto su blondo cabello
Partido sobre la frente,
Acaricia suavemente
Los contornos de su cuello;
Resaltando en campo breve,
De una red de oro velado,
Por el uno y otro lado
Su cútis de rosa y nieve,
Rasgados y negros son
Sus ojos, por donde asoma
Todo el perfume y aroma
De aquel casto corazón.
En sus labios de coral,
Y en su frente blanca y pura,
No se ve mas que dulzura,
Y un candor angelical.
Cautiva con su inocencia,
Viéndola, inspira interés,
De cuantos la tratan es,
Sin querer, la complacencia.
Marchando en silencio van
Por la risueña campiña,
Cuando de pronto la niña
Exclama con tierno afán:
—Madre mia, ¿por qué lloras?
¿Qué tienes?... ¿en qué consiste
Que desde ayer estás triste,
Suspirando á todas horas?

—Aprensiones tuyas son,
Yo no estoy triste, Maria.
—Sí, tú lloras, madre mia,
Lloras, y no es apreñsion.
Lo ves? lo ves? fuera en vano
Quererlo disimular,
Cuando acaba de mojar
Una lágrima mi mano.
Una lagrima que abrasa...
Yo no debo merecer,
Cuando callas, ay! saber
Lo que en tu corazón pasa...
—Tranquilízate, querida,
Yo también tranquila estoy.
—¿Tranquila? tranquila?
—Hoy
Amo, cual nunca, la vida.
—Por mí, ¿no es cierto?
—Y por mí.
—Segun eso, eres dichosa...
—Puedes pensar otra cosa?
—Perdona, si fuera así...
Mas por tus mejillas veo
Rodar lágrimas recientes,
Y tus ojos son dos fuentes
Desde el último correo.
—Maria!
—Todo lo sé...
De tu sigilo á despecho
Hoy mismo desde mi lecho...

—¿Me observaste?

—Te observé.

Ay! menos viva que muerta.

Quise hablarte, madre mía;

Tú pensabas que dormía.

Pero estaba muy despierta.

—Y bien?

—Advertí que entraste

Profundamente agitada,

Y con la efígie sagrada

De María te abrazaste.

Hiciste luego oración,

Y oí que á cada momento

Con solemne y triste acento

“Perdon, decías, perdon!”

—Necia un instante dudé,

Si, de su inmensa bondad,

Me asustaba tu orfandad,

Y flaqueó un día mi fe!

—Pasó, madre mía, un rato,

Y de una linda cajita

Con emoción infinita

Sacaste luego un retrato.

Vi que con dulce embeleso

La muda imagen mirabas,

Y que sobre ella estampabas

Un beso tras otro beso.

No podía dudar ya,

Viendo tu loco arrebató,

Si, loco, que era el retrato

De mi buen padre! mas ahí!

Resignate con tu suerte,

¿No se anudan en el cielo?

Los lazos que acá en el suelo

Rompe insidiosa la muerte?

—Si, mil veces me lo has dicho:

Pues entonces, madre mía,

¿Por qué aumentas tu agonía?

Con ese triste capricho?

Lloras! ay! me haces creer

Que no eres la que solías.

—¿Cómo?

—Desde hace dos días,

Menos aun, desde ayer.

—¿Infiere?

—Yo nada infiero,

Mas de sobra se me alcanza

Que causó tan gran mudanza

La venida del cartero.

—María!

—Sí, del paquete

Dióte un susto la cubierta;

Y muda, pálida, yerta,

Corriste á tu gabinete.

Yo me lancé tras de tí,

Cuando por la vez primera

Una mirada severa

Me alejó al punto de allí.

Larga pasóse una hora;

Y aunque lo disimulabas,

Al salir, vi que llorabas.
Como estás llorando ahora!
—¿Y has creído...
—Solo creo,
Si á mi corazón escucho,
Que sufres, que sufres mucho
Desde el último correo.
—Perdona, pobre María!
—Y por qué? si no consiente
Tu secreto un confidente...
—Vas á saberle, hija mía!
—Como tanto lo demoras,
A pesar de mi avidez...
Pero, por Dios, ¿otra vez
Vuelves los ojos y lloras?
—Hija querida! este llanto,
Que en vano reprimir quiero,
No le arranca el dolor fiero,
Ni la pena, ni el quebranto.
—Deja que lllore, alma mía!
—Si, necesito llorar,
Que como mata un pesar,
Mata á veces la alegría.
Ay! que no lllore me encargas,
Mis lágrimas dante enojos...
Las que hoy brotan de mis ojos,
Lo juro, no son amargas.
—En hondo penar sumida,
Me asustaba el porvenir...
Hoy me viene á sonreír

Una esperanza perdida.
—Y la desolada esposa,
Y la madre sin ventura,
Que apuró tanta amargura,
Aun puede ser venturosa.
—No comprendo... ¡qué contraste!
Y yo te creí tan triste!
Si faustas nuevas tuviste,
¿Por qué me las ocultaste?
—Mañana tus días son,
Y en ese anhelado día
Celebras, querida mía,
Tu primera comunión.
—Y bien?...
—La razón es esa
Porque al pie del mismo altar,
Te quería preparar
En regalo una sorpresa.
—Mas ay! aunque ánimo firme
Tuve de callar en tanto,
Me hace traición este llanto.
Ya no puedo reprimirme.
—Hija mía, honda impresión
Va á causarte una noticia,
Que inundará de delicia
Tu inocente corazón.
—Tan fausta es, madre?
—En tal grado,
Que en tus sueños de ventura,
Jamás tan bella, tan pura

Ilusion te habrás formado.

—Oh! prosigue, por piedad,

Prosigue, ¿no ves mi anhelo?...?

—Hija, da gracias al Cielo,

Ya se acabo tu orfandad!....

—Mi orfandad? qué es lo que oi?

¿Acaso mi padre.....?

—Vive!

Desde Marsella me escribe,

Pronto le tendrás aqui!....

—Qué habeis dicho, madre mia?

¿Nueva feliz!... pero es cierta?

Yo no debo estar despierta!....

Yo sueño....!

—Pobre María!

No sueñas, bien mio, no.

Dentro de poco en tus brazos.

—¡Imposible! hecho pedazos

Su buque, ¿no pereció?...?

—Tal se nos dijo, y sin duda

Fuera pasto de los peces,

Si entonces, como otras veces,

No apareciera en su ayuda!....

—¿Quién?

—La estrella de la mar,

La Virgen á quien devoto

En trance tal hizo un voto

De su pecho en el altar.

Cruje la nave, impelida

Contra un escollo invisible,

Y con esplosion horrible

Queda en trozos dividida.

El océano bramaba,

Mugia el ronco aquilon,

Y su fúnebre crespon

Ya la muerte desplegaba.

Su ruina cierta atestigua

Dé consuno el mar y el viento!....

Pero llama en tal momento

A la Virgen de la Antigua....

Y entonces sus compañeros,

Que yacen desalentados,

Se abrazan, como inspirados,

A los ya rotos maderos.

Y prometen á su ejemplo

A la Virgen visitar,

Y agradecidos colgar

Una barca de su templo.

Entonces, oh maravilla!

¿Cómo pintar su contento,

Al ver que cambiando el viento,

Los va empujando á la orilla?

A los ayes y gemidos

Sucede vital consuelo,

Y sus ojos en el Cielo

Se clavan agradecidos.

Vuelve al pecho la esperanza,

Redóblase su vigor,

Y el madero salvador

Por camino incierto abanza.

Y sobre el débil asiento
Que en su infortunio alcanzaron,
Tres crueles dias lucharon
Contra el voraz elemento.

Hambre y sed les daban guerra,
Y extenuados de fatiga,
Sobre una costa enemiga
Tomaron al cabo tierra!

Condenados á vivir
Con unas tribus salvajes,
¡Qué de infamias, qué de ultrajes
Han tenido que sufrir!....

Cinco años, dia por dia,
De un mandarin, su verdugo,
Soportaron ay! el yugo
Y oprobiosa tiranía!

Y cuando con mas rigor
Su cetro de hierro empuña,
La Santa Virgen de Orduña
Vuelve en su auxilio y favor.

Invócala con fe rara,
Pídenla que les asista,
Y de viveres provista
Una lancha les depara!

Lánzansé entonces al mar,
Bajo el amparo del Cielo,
Con aquel ferviente anhelo
De volver al patrio hogar.

Y fué tan fausta su estrella,
Que sin extraños reveses,

Al cabo de algunos meses
Arribaron á Marsella.

—¡Qué prodigio, Cielo santo!
—Son dos prodigios, María,
—¿Cómo adivinar podia
Los secretos de tu llanto?

Deja que lágrimas vierta,
Yo tambien debo llorar:
¡Es tan dulce recobrar
Una esperanza va muerta!

¡Gracias, oh! Virgen María,
Tu esclava soy desde ahora,
Pues nos devuelves, Señora,
La prenda de mas valia!

(Y la niña en su inquietud
Los bellos ojos alzó,
Y hácia el Santuario miró
Con profunda gratitud.)

—Si, hija mia, á su favor,
¿Cuánto las dos no debemos?
Pronto por ella tendrémos
Un amigo, un protector.

¡Bendita sea, bendita,
Mil veces mil, esa Madre,
Que devuelve un tierno padre
Á mi pobre huerfanita!

—Y á ti te vuelve tambien
Un dulce esposo!....

—Es verdad,
Alabemòs su bondad

Por siempre jamás amen."
Entran en esto al Santuario,
Donde á la Madre de Dios,
Ricas de afectos las dos,
Bendicen con modo vario.

Ora por Reina la aclaman,
Ora por Madre la invoçan,
Tiernos suspiros provocan,
Dulces lagrimas derraman.

Un memento tal vez oran,
Besando el místico altar,
Mas no aciertan á expresar
Sus sentimientos, y lloran.

El tiempo vuela, y de hinojos
Sobre la baldosa fría,
En el trono de MARIA,
Tienen clavados los ojos.

Y su alma tanto se afecta,
Que no advierten esta vez
Las sombras que en la pared
Ya la lampara proyecta.

Pues el sol que á sumergir
Bajó su carroza al mar,
Las habia visio entrar,
Pero no las vió salir.

Una graciosa barquita
Que de la bóveda pende,
La curiosidad excita

De quien el templo visita,
Y el misterio no comprende.
Lema de honor y de gloria,
La piedad consagró un dia
Esa sencilla memoria,
Que encierra toda una historia
De la bondad de MARIA.

II.

La serpiente.

"¿Qué significan
Esos despojos,
Que ahí conservan
Cual un fenómeno?
¿Cómo es que á un templo
Tan majestuoso
Traen de una sierpe
Los restos hórridos?
¿Es de la Virgen
El oratorio
Para una fiera
Sitio á propósito?..."
Esto á su Madre,
Volviendo el rostro,
Dice una niña
De lindos ojos.
Ella sonrie
De amor y gozo,

Y la contesta
Con dulce tono:
"Eso, hija mia,
Recuerda á todos
Cierta suceso
Muy portentoso.
Un dia al monte
Marchóse solo
Gentil mancebo
Que huye del ocio.
Iba con ansia
De volver pronto,
Porque su madre
Tenga un socorro.
La triste anciana
Perdió su esposo,
Y es aquel jóven
Su único apoyo.
No hay pan en casa,
Y el pobre mozo
Que en el trabajo
Nunca fué corto,
Quiere de leña
Cargar sus hombros,
Para remedio
De tanto ahogo.
Llega, y de un árbol
El rudo tronco,
Sin detenerse,
Divide en trozos.

Pero sus manos
Yertas de pronto,
Sueltan el hacha
Sin saber cómo.
Ese que miras,
Reptil indómito,
Sale á su encuentro
Por un recodo.
En él clavados
Tiene los ojos,
Que ardientes llamas
Brotan en torno.
Quédase inmóvil,
Pálido, atónito,
Y un sudor frio
Baña su rostro.
Ya se le acerca
Llena de encono
La ensangrentada
Boca del monstruo.
Llama á la Virgen,
Haciendo un voto
De sus entrañas
En lo mas hondo.
Ve que la bestia
Vacila un poco....
Tirase al hacha
Lleno de arrojó....
Y descargando
Golpes furiosos,

De su cabeza
Separa el tronco.
Lanza un gemido
Fúnebre y sordo,
Y espira el bruto
Junto á un madroño.
Quédase el jóven
Mudo de asombro,
Viendo el inerte
Cuerpo escamoso.
"¿Como es que pude
Tan fiero monstruo,
Falto de auxilio,
Matar yo solo?...
Tú, Virgen Santa,
Disteme apoyo,
Tuyo es el triunfo,
Lo reconozco...."
Dice, y las gracias
Dale gozoso,
Sobre la fiera
Puesto de hinojos.
Baja del monte
Cargado el hombro,
De la victoria
Con los espolios.
Y en este santo
Muro colgáolos,
El impaciente
Jóven heroico.

Tal es la historia
Desos despojos,
Que del prodigio
Dan testimonio.

III.

La fragata.

Sobre una roca imponente
Que alza su pálida frente
Con altivez en la playa,
Un grupo extraño de gente
Se sitúa en atalaya.
No van hoy á las orillas
A conquistar los despojos
De las destrózadas quillas;
Que no hay sangre en sus mejillas,
Y el terror mora en sus ojos.
Sin duda son marineros,
Porque llevan parda blusa,
Luenga barba, y los sombreros
Charolados y ligeros
Que la gente del mar usa.
Si, sus lanchas amarradas
Véanse al abrigo de un monte
Que forma dos enseñadas....
Mas qué buscan sus miradas
En el lejano horizonte?
Como si en su saña fiera
Romper los diques osára

Que pródigo un Dios le diera;
Cual si la inmóvil barrera
Sorberse el mar intentara;
Así con furor tremendo
De improviso se rebela
Fuerzas con fuerzas midiendo,
Con tan pavoroso estruendo,
Que la sangre toda hiela.

Ay! cada ola parece
Un gran monte, cuya cima
Gigantesca tanto crece,
Que la tierra se extremece
Cada vez que se aproxima.

Ya con insólito ruido
Penetra por la hendidura
Del peñasco endurecido,
Remedando el estampido
Del cañon que sangre augura.

Ya mugiendo llega, y choca
Contra la pelada roca
Que impasible se mantiene,
Y abate su furia loca
Firme en su puesto y perenne.

Y en mil pedazos deshecha,
Cual despeñado torrente
Cae al piélago, que acecha
Cómo abrir la ansiada brecha,
Mellando su dura frente.

Oscura noche entretanto
Por el golfo removido

Tiende su lúgubre manto,
Y llega en pos el espanto,
De negras sombras circuido.

Los furiosos aquilones
Por encontradas regiones
Arrastrán con fiero empuje
Los preñados nubarrones
Donde el trueno brama y ruje.

De polo á polo resuena
Su fragor estrepitoso;
Tiembla al oírle la antena,
Y en remolino tortuoso
Gime el mar, hierbe lá arena.

De un no lejano cañon
La horrenda detonacion,
Tras súbita llamarada,
Pide al puerto compasion
Con voz ya desalentada.

"Es la fragata, volemos,
(Exclaman los de la roca)
"Pronto, los cables, los remos....
"Tal vez salvarla logremos,
"Que la distancia es muy poca."

Y corriendo á su destino
Con el heroico empeño
Que honra tanto al buen marino,
Contrastan el torbellino
Lanzados al frágil leño.

Mas ay! cual la seca hoja
Del campo arrebatada en breve

El huracan, si se enoja,
Y por el confin la acroja
Vortiginoso y aleve;

Asi en la empresa arriesgada
Por las olas arrastrada
Vuélvese la audaz barquilla
Cual saeta disparada
Una vez y otra á la orilla.

"¡Infelices, son perdidos!"

Grita el patron sin aliento,
Mientras hiere sus oidos
De cercanos alaridos
El desgarrador acento.

La fragata se abalanza
Cual corcel que se desboca
Con indómita pujanza....
Perdióse toda esperanza,
Se estrellará en una roca.

Brilla el siniestro fulgor
Del rayo en la oscuridad
Truncando el palo mayor...
Y un ay! desconsolador
Se pierde en la inmensidad.

Al empuje violento
Tuércese el bajel herido;
Llegó el crítico momento,
Ya en el voraz elemento
Se ve el casco sumergido....

Mas qué es esto? de repente
Solemne voz que atestigua

La fé mas viva y ardiente,
Se oye exclamar hondamente...
"¡Virgen Santa de la Antigua!"...

Y ¡oh prodigio! de costado
Se alza el barco que zozobra;
Y el sol, hasta allí eclipsado,
Súbito rasga el nublado
Para alumbrar la maniobra.

Los huracanes huyendo
De tropel y con estruendo
Sepúltanse en la caverna
Do Eolo con su tremendo
Cetro los rige y gobierna.

Las arenas removidas
Ora en su lecho descansan,
Y al nivel restituidas,
Las olas embravecidas
Sin saber cómo se amansan.

Desvanecida la bruma,
La cana y bullente espuma
Nevado cisne parece,
Que agita la blanda pluma
Cuando en el lago se mece.

Ya una lancha salvadora
Por las aguas se desliza
Cual saeta voladora,
Y el vigia que la explora
De frente el velámen iza.

Llega; y el práctico-experto
Que un riesgo y otro precave,

Señalando el rumbo cierto,
Conduce al ansiado puerto
La desalentada nave.

Besa el náufrago infelice
Llorando la rubia arena,
Y gozoso exclama y dice:

"¿Quién tu nombre no bendice
"MARIA, de gracia llena?"

"Si en peligros tan extremos
"De aliento vital gozamos,

"Si al puerto llegado habemos,
"Todo á ti te lo debemos,

"No en vano en ti confiamos.

"De mi buque en la bandera,
"Que colgar juro en tu templo,

"Registrará placentera

"La comarca toda entera

"De tu amor un nuevo ejemplo."

Dice *Maruri* (1): y envía

Su voto al cielo con él,

Dando gracias á MARIA,

La piadosa compañía

Que tripula su bajel.

Esa bandera que del sacro muro
Pendiente ves, cristiano peregrino,

(1) Es verosímil que así se llamase el capitán que mandaba la fragata, pues en la bandera que se conserva en el Santuario se lee en letras gruesas el apellido vizcaíno *Maruri*.

Por las olas se vió en trance tan duro
Arrastrada en sinuoso remolino;
Monumento es aquí fiel y seguro
Que de un naufragio á recordarnos vino
La tierna historia, bella apología
Del poder y clemencia de MARIA.

IV.

El cautivo.

"Inmaculada doncella,
Madre Santa del Ungido,
Consuelo del afligido,
Refugio del pecador;

Tú eres la mística estrella
Que al mortal misero guía
Fausta en la noche sombría
De la angustia y del dolor.

Tú eres el faro divino
Que al piloto extraviado
Lleva al puerto suspirado
Con su brillo y con su luz;

Tú alumbraste mi camino,
Tú mi cárcel tenebrosa,
Tú me diste bondadosa
Libertad, vida y salud.

Enterrado yo gemía,
Devorando amargas penas

Al compás de las cadenas
De mi lúgubre prision;
Te invoqué, Virgen MARIA,
Y el lamento del cautivo
Resonó en tu compasivo
Y amoroso corazon.

Tú los planes hendijiste
De la jóven Musulmana
Que de infiel pasó á cristiana
Porque oía hablar de tí;
Tú tambien valor la diste
Para abrir la doble puerta,
Por do libre á la desierta
Playa luego yo corri.

Tú por rara maravilla
Permitiste me acogiera,
No bien llego, una velera
Misteriosa embarcacion;
Que se aleja de la orilla,
Cuando mi libertadora
"Salvo estais, volad ahora,"
Dice al tímido patron.

¡Qué los bárbaros no ultrajen
A la hermosa, cuya vida
Puso en riesgo mi partida
Por las leyes del Coran!
Yo la dí tu Santa Imágen,

Mi mas cara y dulce prenda...
¡Que la esude y la defienda!
Cual divino talisman!

Si alivió mi triste duelo,
Si rompió los eslabones
De mis horribidas prisiones,
Instrumento tuyo fué:
Haz que cambie el patrio suelo
Por region mas venturosa,
Donde brille en paz dichosa
La luz santa de la fe.

Desde el dia en que del moro
Fui cautivo en lid funesta,
Protegióme manifiesta
Tu bondad en la prision;
Hoy que libre ya te adoro,
Virgen pura, de milagro,
Vida y alma te consagro,
Tuyas ambas, tuyas son.

Estos hierros y cadenas
Que mis miembros lastimaron,
Y con ellos se arrastraron
Por las carceles de Argel,
Colgaré de las almenas
De tu templo en dos mitades,
Y serán de tus bondades
Testimonio vivo y fiel.

O pondrélas reverente
Bajo el trono donde moras,
Pregonando á todas horas
Los prodigios de tu amor;
Y serán un elocuente
Monumento de tu gloria,
Que eternice la memoria
De mi dicha y tu favor....."

Así hablaba cierto dia
Recostado un peregrino
Bajo el pórtico divino
Al rayar la nueva luz;
Y del templo de María
Detenido en los umbrales,
Recordaba antiguos males
Con placer y gratitud.

Ocho veces con aquella
Saludaba al mes de Mayo
De un sol puro el tibio rayo
Matinal por el confin;
Que con pompa ya descuella
Por detrás del alto monte,
Dando un baño al horizonte
De oro, púrpura y carmin.

Es el dia en que los fieles
Rinden culto á su Patrona,
Es el dia en que corona

Sus deseos la ciudad;
Y rodando los cancelos
Que del pórtico se alejan,
Libre el paso á todos dejan,
Que hoy madruga la piedad.

El cautivo con se rara,
Del Santuario bajo el techo.
Cuenta en lágrimas deshecho
De la Virgen el favor;

Y suspende junto al ara
Por los férreos anillos
Sus cadenas y sus grillos,
Cual trofeo vencedor.



AFFECTOS.

I.

Al moral de la Antigua.

¡Arbol santo y milagroso,
Que con tu follaje un día
Verde dosel á MARÍA
Tejiste en el cerro umbroso!
Deja que aspire gozoso
Los perfumes que derramas;
Deja que asilo tus ramas
Me ofrezcan aquí seguro,
Do extinga el amor impuro
Sus mal reprimidas llamas.
Aquí joven arraigaste,
Aquí te encumbras altivo,
Pues del moral primitivo
Los honores heredaste:
Vida y salud derivaste
De su flexible renuevo,
Y cuando pidas relevo,
Consumido de vejez,
De tus ramas á su vez
Nacerá el sucesor-nuevo.

Bajo tu copa florida
Para bien desta comarca
Descansó la feliz arca
De la alianza apetecida:
Tu sombra á gozar convida
Los mas sabrosos placeres;
Hijo de aquel árbol eres
Que cobijó á la doncella
Bendita, graciosa y bella
Sobre todas las mujeres.
En tu tronco se reclina,
De suave fragancia llena,
Ya la cándida azucena,
Ya la odora clavellina;
Pero la esencia mas fina
Con que al sentido regala
Una flor y otra, no iguala,
Ni merece ser rival
Del perfume virginal
Que MARÍA en torno exhala.
No en vano lecho de flores
La pusieron á tu sombra,
Cuando la Reina se nombra
De los mas castos amores:
Su matiz y sus olores
Símbolo son de pureza;
Nunca del sud la fiereza
Marchite su lozania,
Pues retratan de MARÍA
El candor y la belleza.

Yo te saludo, Arbol santo,
De grata y dulce memoria;
Tú recuerdas una historia
Llena de magia y de encanto:
Si tiende lúgubre manto
Nube minaz sobre el suelo,
Nunca los rayos del cielo
Hieran tu bello ramaje,
Nunca recibas ultraje
De los soles, ni del hielo.

Respire mi corazon,
Libre de angustia y congojas,
De tus misteriosas hojas
Bajo el verde pabellon:
Paginas de un libro son
Que tu fortuna publica,
Y elocuente nos explica
Lo que en ese santo umbral,
Oh portentoso Moral,
Tu presencia significa.

II.

Abejas y palomas.

JUQUETE.

1.

Hay de la Antigua
Sobre el umbral
Un huequecito
No muy capaz.

Vino el enjambre
De un colmenar,
Y allí reside
De años atrás,
Con tanto estruendo,
¿Cómo es que ya
Las abejitas
Huido no han?
—Porque á la Virgen
Blanco panal
Labran de cera
Para su altar.

Huyendo un dia

Del gavilan,
Dos palomitas
Fueron allá,
Y en la abertura,
Que hace un sillar,
Fijan su casto
Lecho nupcial.
Con el estruendo
Que en torno hay,
Las palomitas
¿Cómo se están?
—Porque á Manía
Quieren cantar
De sus arrullos
Al fiel compás.

3.^a

Por los contornos
De un romeral
Las abejas
Vienen y van.
Liban su néctar,
Vuelven atrás,
Y aquí componen
Rico panal.
Teniendo tantas
Flores allá,
¿Cómo es que vuelven
Al colmenar?
—Porque la Virgen
Preso las ha
Con la dulzura
De su mirar.

4.^a

Al primer rayo
Matutinal
Las palomitas
Dánse á volar.
Hallan del bosque
Grato el solaz,
Y vuelven luego
Del robledal,
Pudiendo libres
Vivir allá,

¿Cómo retornan
A este lugar?
—Porque MARIA
Preso las ha
De su belleza
Con el iman.

5.^a

Al mediodia
De la ciudad
Pardas abejas
Posado se han.
Sol, rico pasto,
Y agua además,
Tienen cerquita
Del colmenar.
Si hay allí tanta
Comodidad,
¿Cómo éstas, fijas
Aqui se están?
—Porque la Virgen
A su panal
Con el aliento
Da suavidad.

6.^a

Por los confines
Del verde hayal
Blancas palomas
Suelen rondar;



Donde hay espliego,
Fuentes, y sal
Que no atesora
Su palomar:
Cuando allí anidan
Mil otras mas,
¿Cómo éstas vuelven
A su sillar?
—Porque MARÍA
Brindando está
De su pureza
Con el raudal.

Gentes al templo
Suelé llamar
El argentino
Hueco metal:
Tienen los fieles
Tanta piedad,
Que a todas horas
Vienen y van,
Con tal estruendo,
¿Cómo es que aun hay
Una colmena
Y un palomar?
—Porque la Virgen
Los tiene ya
Como encantados
En ese umbral.

III.
A MARÍA SANTÍSIMA DE LA ANTIGUA.

HIMNO.

CORO.

Virgen Santa de la Antigua,
Todo el valle en derredor
Siente, palpa y atestigua
Los prodigios de tu amor.

1.º

Clara estrella de los mares,
Precursora de bonanza,
Rico emblema de esperanza,
Fausto signo de salud;
Tú disipas los pesares,
Tierna enjugas nuestro llanto,
Pones término al quebranto,
Y al espíritu das luz.

2.º

El amor meció tu cuna;
No brotó la clara fuente,
Cuando ya el Omnipotente
Bella y pura te creó;
Almo sol y errante luna
Se escondían en la nada,

Cuando ya Dios su mirada
Complacida en tí fijó.

3.^a

La serpiente aborrecida
Nos lanzó del paraiso,
Por tu medio abrírnos quiso
Dios la puerta del Eden;

Y volviéndonos la vida,
Quebrantaste la cabeza
Del dragon cuya siereza
Nos robara tanto bien.

4.^a

El fulgor de las estrellas
No es tan grato al marinero
Que el incierto derrotero
Sigue tímido al azar,
Como bella entre las bellás
Eres grata al escogido
Que de tu amor ha podido
Las dulzuras saborear.

5.^a

Ni el arrullo cándoroso
De paloma enamorada,
Ni la esencia depurada
Que á la abeja da la flor,
Ni el perfume delicioso
Que Sabá del monte envía,

Rivalizan, oh María,
Con lo suave de tu amor.

6.^a

Liberal do quier sin tasa,
Nadie á tí se vuelve en vano,
Cada dia de tu mano
Brotá un nuevo rico don;
Pero al siervo, que á tu casa
Llega férvido á implorarte,
Sus tesoros le reparte
Tu bondad con profusion.

7.^a

No la madre afortunada
Vela tanto por el niño,
Dulce objeto de cariño
Tras de su infecundidad;
Ni saeta disparada
Mas veloz el aire hiende,
Que del triste al ruego atiende
Tu ternura y tu piedad.

8.^a

Véla, vela por tus hijos,
Reina hermosa destos climas,
Que ennobleces y sublimas
La cantábrica region;
Y entre gratos regocijos
Sus mas caros intereses

Dejarán los orduñeses
Por rendirte adoración.

9.^a

Todo el valle de Arrastaría
Tu potente nombre invoca,
Dulce nombre, que derroca
La soberbia de Satan;
Llegue á ti nuestra plegaría,
Precursora del consuelo,
Y los hijos deste suelo,
Tus bondades cantarán.

CORO.

Virgen Santa de la Antigua,
Todo el valle en derredor
Siente, palpa y atestigua
Los prodigios de tu amor.

IV.

Paráfrasis del Ave-María. (1)

Refugio del pecador,
Nunca, nunca desoiste
Los tiernos ayes del triste
Que te invoca en su dolor:

(1) Siempre que rezo el Ave-María, los Angeles y los Santos se regocujan en el Cielo, y los Justos en la tierra; el Infierno brama, y los demonios huyen. Así como la cera se derrite con el fuego, así los malignos espíritus se disipan á la invocación del nombre de MARÍA. (S. Francisco en sus Opúsculos.)

Deja que ardiendo en amor
Te salude el alma mia
Con la dulce melodía
Que el Arcángel S. Gabriel,
Dirigiéndote como él
Un *Dios te salve María*.

Por privilegio especial
Que al infierno da pavora,
Salva fuiste, oh Virgen pura,
De la mancha original:
De aquel decreto eternal
¿Cómo explicar la eficacia?
Ni el Cielo mismo se sacia
De contemplar la belleza
De tu sin igual pureza,
Porque *llena eres de gracia*.

Haré escuela de tu altar;
Que tanto bien atesora,
Pues quiero aprender, Señora,
Cómo te debo de amar:
No temo en este lugar,
Bajo tu amparo y abrigo,
Que el infernal enemigo
Me declare inútil guerra,
Pues tu presencia le aferra,
Porque *el Señor es contigo*.

Después del Supremo Ser,
Ni en la tierra, ni en el Cielo,
Hay poder que en paralelo
Se ponga con tu poder:



El ángel de mas valer
Te presta alfombra, si quieres
Pisar sus alas, pues eres
Con excelencia infinita
Grande, potente y bendita
Entre todas las mujeres.

Nada hay en ti, que no sea
Bello, puro y acendrado,
Cual espejo inmaculado
Que ninguna mancha afea:
No temo aquí que en pelea
Desigual conmigo entre
Satanás, ni que concentre
Sus fuerzas, pues huye astuto,
Porque *bendito es el fruto*
De tu purísimo vientre.

Larga cohorte de males,
De congojas y aflicciones,
Destroza los corazones
De los miseros mortales:
Sabiedo cuánto tú vales,
Todos corremos en pos
De tu auxilio; salvanos
En cuita y desdicha tanta,
Celestial, inclita y Santa
MARIA, *Madre de Dios.*

Luzbel nos asedia altivo
No bien al mundo llegamos...
¡Cuán tristemente purgamos
Aquel crimen primitivo!

Que en tu pecho compasivo
Resuenen nuestros clamores;
¡Ay! en un mar de dolores
Nuestro espíritu navega...
¡Piedad, Virgen Santa! *ruega*
Por nosotros pecadores.

La proscripta criatura
Solo á penar aquí vino;
Sembrado está su camino
De lágrimas y amargura:
Cúmplase pues, Virgen pura,
La ley que fijó su suerte;
Pero haz que logremos verte
Tras el destierro, Señora,
Velando por nos *ahora*
Y en la hora de la muerte.

AMEN.

V.

Letanía de Nuestra Señora.

(Traducción libre.)

Kyrie eleison, Christo eleison, etc.

Piedad, piedad, Dios mio,
Del frágil pecador,
Que humilde ya á tus plantas
Demanda compasion.
Escucha nuestros ayes,
O Cristo, escúchalos,
Conmueva tus entrañas
Píadosas nuestra voz.

O Padre, Rey del Cielo,
O Hijo, Redentor
Del mundo, y tú, el que Santo
Procedes de los dos...
Tened misericordia
Del que prevaricó,
Y busca de su crimen,
Solicito, el perdón.
Haced, Trinidad Santa,
Que sois un solo Dios,
Piedad del que sus yerros
Contrito llora hoy.

Sancta Maria, etc.

Piedad, Santa Maria,
Piedad, Madre de Dios,
O Virgen de las Vírgenes,
Radiante mas que el sol;
O Madre del Ungido,
O Madre del favor,
O Madre de la gracia....

Rogad, rogad por nos.

O Madre de pureza,
O Madre del candor,
O Madre inmaculada,
Sin mancha ni borron;
O Madre de amor digna,
O Madre que llenó
De admiracion al mundo.

Rogad, rogad por nos!

O Madre del Potente
Supremo Criador,
O Madre del que al misero
Mortal pio salvó;
O Virgen prudentísima,
Y de veneracion
Mas digna que ninguna....

Rogad, rogad por nos.

O Virgen, cuyas glorias
Publican á una voz
Los ámbitos del mundo
Que alumbrá el alma sol;
Potente, clementísima,
Y fiel al casto amor,
De la justicia espejo...

Rogad, rogad por nos.

Vital sabiduria
Su trono en ti fijó,
Tú el gozo en nuestros pechos
Derramas interior;
O vaso misterioso
De insigne devocion,
O vaso de honor digno....

Rogad, rogad por nos.

O bella rosa mistica
Nacida en Jericó,
O torre inexpugnable
Castillo triunfador,
Que del marfil mas puro
El Rey David labró,

Miradnos compasiiva

Rogad, rogad por nos.

O hermosa casa de oro,

Feliz arca que dió

Tesoros á la tierra

Del mas alto valor;

O puerta que del Cielo

Da paso á la mansion,

Miradnos compasiiva...

Rogad, rogad por nos.

Estrella matutina,

Salud del que enfermó,

Refugio del culpado,

Consuelo en la afliccion;

De los cristianos todos

Auxilio protector,

Miradnos compasiiva...

Rogad, rogad por nos.

O Reina de los Angeles

Que el trono del Señor

Con alas de oro velan

Sumisos á su voz;

O tú, á quien los Patriarcas

Con plácida emocion

Por Reina aclaman suya...

Rogad, rogad por nos.

De Apóstoles y Mártires

La excelsa Reina sois,

Profetas, Confesores,

Os llaman á una voz.

Con Virgenes y Santos,

La Reina de Sion:

Miradnos compasiiva,

Rogad, rogad por nos.

Agnus Dei qui tollis, etc.

Cordero immaculado,

Cuya sangre borró

Los crímenes del mundo....

¡Perdon, perdon, perdon!

Cordero iamaculado,

Cuya sangre borró

Los crímenes del mundo....

¡Escucha nuestra voz!

Cordero immaculado,

Cuya sangre borró

Los crímenes del mundo....

¡Piedad, piedad, Señor!

ANTIFONA:

Sub tuum praesidium confugimus, etc.

A ti nos acogemos,

A ti, Madre de Dios,

Penetren nuestros ayes

Tu tierno corazon:

Jamás en los apuros

Desoigas nuestra voz;

De todos los peligros,

Mas bien, presérvanos;

O Virgen Santa, digna

De gloria y bendicion!



¶ Rogad para que dignos,
O Madre del gran Dios,
N. Seamos de las fieles
Promesas del Señor.

ORACION.

Gratiam tuam quesumus, etc.

Infunde en nuestros pechos
Tu gracia, justo Dios,
Y pues que de tu Hijo
La Santa Encarnacion
El Angel mensajero
Feliz, nos anunció,
Por su Pasion y Muerte
De Cruz concédenos,
Lleguemos á la gloria
De su Resurreccion.
Así te lo pedimos
Por nuestro Redentor.

AMEN.

VI.

SALVE.

Dios te salve, Reina y Madre
De amor y misericordia,
Iris de paz y concordia,
Regocijo de Dios Padre:
No importa que altivo ladre,
Ni que con furia siniestra

Ruja Satan, si tu diestra
Nos defiende, oh Virgen pura;
Pues eres vida, dulzura,
Salud y esperanza nuestra.
¡Dios te salve! á ti llamamos

En los momentos de prueba
Los penados hijos de Eva
Que el crimen de Adan purgamos:
Á ti tambien suspiramos
Faltos de dicha y ventura....!

¡No ves á la criatura
Siempre llorando y gimiendo
En este valle tremendo
De lágrimas y amargura?...!

Ea pues, vuelve, Señora,
Tus ojos á nuestra nada,
Míranos como abogada
Compasiva y bienhechora:
Y cuando pase la hora
Del destierro criminal,
Muéstranos libres de mal,

Con un corazon contrito,
A Jesus, fruto hendido
De tu seno virginal.

¡O elementísima! O Pía!
Bondadosa sin ejemplo!
¡O del amor santo templo!
¡O dulce Virgen MARIA!
Ruega por nos noche y dia,
Madre del Dios que adoramos,



Para que dignos seamos.
Si piadosa te interesas.
De conseguir las promesas
Que de tu Hijo esperamos.

AMEN.

VII.

A LA VIRGEN SANTISIMA

EN EL MISTERIO DE SU ASUNCION GLORIOSA.

Soneto.

Rásgase el pabellon del alto Cielo,
Y el súbito fulgor que en torno envía,
Envuelve al astro que preside al día
Con su radiante esplendoroso velo.
De las arpas angélicas el suelo
Mudo escucha la placida armonía,
Y al augusto festin sube MARIA,
En alas del querub con rauda vuelo.
Llega en triunfo: sus puertas eternas
Con broches de zafir el Eden cierra.
¡Huérfana humanidad! ¡jay cuántos males
Te depara Satan! ¡jay cuánta guerra!
Sin Madre... solos... ah! ¡horad mortales...
Pero no, que su amor quedó en la tierra!

O. S. C. S. C. A. R. E.

ÍNDICE.

Pág.

Introduccion.	5
RECUERDOS. I. Orduña.	29
II. La Antigua.	38
III. Preparativos.	41
IV. El ocho de Mayo.	48
V. El Valle de Arrastaria.	56
TRADICIONES. I. Lisias y Dorilo, ó los dos pastores.	64
II. El Párroco y el zagal.	74
III. Ofrendas campestres.	81
IV. El triunfo.	89
V. El nuevo templo.	97
PORTENTOS. I. Madre é hija.	102
II. La serpiente.	115
III. La fragata.	119
IV. El cautivo.	125
AFECTOS. I. Al moral de la Antigua.	130
II. Abejas y palomas, ju- guete.	132
III. A Maria Santisima de la Antigua: Himno.	137



IV. Paráfrasis del Ave-Maria. 140
 V. Letania de Nuestra Señora
 (traducción libre). . . 143
 VI. Salve. 148
 VII. A la Virgen Santísima
 en el misterio de su Asun-
 cion gloriosa: *Soneto*. . 150

TRADICIONES
 I. La Virgen de Guadalupe. 151
 II. La Virgen de Luján. 152
 III. La Virgen de Luján. 153
 IV. El culto de María. 154
 V. El culto de María. 155
 VI. El culto de María. 156
 VII. El culto de María. 157
 VIII. El culto de María. 158
 IX. El culto de María. 159
 X. El culto de María. 160
 XI. El culto de María. 161
 XII. El culto de María. 162
 XIII. El culto de María. 163
 XIV. El culto de María. 164
 XV. El culto de María. 165
 XVI. El culto de María. 166
 XVII. El culto de María. 167
 XVIII. El culto de María. 168
 XIX. El culto de María. 169
 XX. El culto de María. 170
 XXI. El culto de María. 171
 XXII. El culto de María. 172
 XXIII. El culto de María. 173
 XXIV. El culto de María. 174
 XXV. El culto de María. 175
 XXVI. El culto de María. 176
 XXVII. El culto de María. 177
 XXVIII. El culto de María. 178
 XXIX. El culto de María. 179
 XXX. El culto de María. 180
 XXXI. El culto de María. 181
 XXXII. El culto de María. 182
 XXXIII. El culto de María. 183
 XXXIV. El culto de María. 184
 XXXV. El culto de María. 185
 XXXVI. El culto de María. 186
 XXXVII. El culto de María. 187
 XXXVIII. El culto de María. 188
 XXXIX. El culto de María. 189
 XL. El culto de María. 190
 XLI. El culto de María. 191
 XLII. El culto de María. 192
 XLIII. El culto de María. 193
 XLIV. El culto de María. 194
 XLV. El culto de María. 195
 XLVI. El culto de María. 196
 XLVII. El culto de María. 197
 XLVIII. El culto de María. 198
 XLIX. El culto de María. 199
 L. El culto de María. 200

